

BIBLIOTECA NACIONAL

POESIAS

DE

ADOLFO BERRO

SEGUNDA EDICION

Precedida de la Introduccion por D. Andrés Lamas

Y AUMENTADA CON UNA

GUIRNALDA POÉTICA.



\$ 1.00



MONTEVIDEO.

Imprenta tipográfica á vapor, Calle de las Cámaras, n.º 41.

MDCCCLXIV.



BIBLIOTECA NACIONAL.

I.







POESIAS

DE

ADOLFO BERRO

~~~~~

SEGUNDA EDICION.

Precedida de la Introduccion por D. Andrés Lamas  
publicada en la 1.<sup>a</sup> edicion.

Y AUMENTADA CON UNA

GUIRNALDA POÉTICA.



MONTEVIDEO.

Imprenta Tipográfica & Varior, Calle de las Cámaras, núm. 41.

MDCCLXIV.



## INTRODUCCION

POR D. ANDRÉS LAMAS.

---

## ACTA DE LA JUVENTUD ORIENTAL.

---

### UN ARTICULO

Estractado del *Nacional* de 1811.

200

# INTRODUCCION

---

PUBLICADA AL FRENTE DE LA PRIMERA EDICION.

POR D. ANDRES LAMAS.



No pueden registrarse las páginas de este libro sin que despierten altas y profundas emociones, se abra el pecho á nobles esperanzas y nos transportemos con el pensamiento á dias de mas ventura para la Patria; pero, si, como sucede, nos asalta la idea de que el soplo de la muerte ha secado la inteligencia superior que las anima, que esa música armoniosa y severa que dá recojimiento al alma y altura á la mente es el último canto del cisne que plega sus alas y modula una despedida, necesitamos de todo el poder de nuestras mas sinceras convicciones, para levantar el ánimo del dolor que nos inspira la pérdida del hombre, del amigo, del ciudadano, á la tranquila atención que demanda la obra del poeta.

Tristísimo honor sería el que nos ha cabido, si solo debiéramos á la memoria de **Adolfo Berro** una melancólica elegía, pálido éco del sentimiento individual, que pasaria inapercibido entre las magnificas ovaciones que le ha decretado el aprecio público; palabra incompleta de una verdad que no cabe en el idioma, porque, como ha dicho un hombre de corazon, las teorías, las doctrinas, los sistemas se explican : los sentimientos se sienten.

Al poner este volúmen en manos del público, conocemos que es otro nuestro deber; y nos disponemos á cumplirlo, refugiándonos en nuestra conciencia para buscar en ella el apoyo que nos niega nuestra limitada capacidad y los estudios especiales que hemos cultivado.

**Adolfo Berro** nació en Montevideo el día 11 de Agosto de 1819, en el seno de una familia muy considerada, no solo por los servicios que su jefe ha rendido al pais, y por las distinciones que ellos le han merecido, sino principalmente, por una práctica constante de todas las virtudes, de esas virtudes que sirven á la sociedad desde el silencio del hogar doméstico, y son fuente de sólida y legítima felicidad.

La educacion moral empieza desde que podemos contraer hábitos, es decir, en la cuna. Las primeras impresiones suelen decidir el destino de toda una vida, porque la moral, para ser sólida,

ha de ser hábito antes que fruto del estudio y experiencia. Asi es que el niño Berro gozó, desde luego, y aprovechó estensamente, esta esencialísima educacion, que tan bien se avenia con las tendencias de que el cielo le habia dotado; y de muy pocos años se hacia notable por su espíritu de órden, por la exactitud de su raciocinio y por una modestia, que, mas tarde, no pudieron arrancarle los merecidos y seductores elogios que á sus talentos se tributaron por personas cuyo voto es capaz de arrojar la simiente de la vanidad en cabezas que el tiempo haya sazonado.

Dotado de esta educacion importante, en que se armonizaba tan completamente su temperamento con los ejemplos domésticos, recibió Adolfo toda la enseñanza que por entonces ofrecian los mejores profesores de Montevideo; y en 1836, al abrirse en esta capital las cátedras de estudios mayores, se halló en estado de incorporarse al aula de derecho civil que regenteaba el Dr. D. Pedro Somellera.

En los bancos de aquella aula tuvimos la fortuna de conocerlo. Adolfo, dotado de verdadero talento, que acrecia diariamente del modo en que este don supremo se desenvuelve y perfecciona, por la meditacion y el estudio, se distinguia mucho en el de derecho, no solo por la aplicacion y el método con que procedia en esta, como en todas sus tareas, sino tambien por la cabal inteligencia de la razon y espíritu de la ley, que es,

como dice el sábio autor de las partidas, el *verdadero saber de las leyes*.—No emitimos una opinion personal únicamente. Su catedrático, juez mas idóneo que nosotros en el caso, preguntado, cuales eran sus mas aventajados discípulos, los clasificó en unos exámetros latinos, diciendo de Berro—*Mens legum Adolfus*.

A los conocimientos teóricos que alli adquiria unió la práctica en el bufete del Dr. D. Florencio Varela, hábil abogado y literato de vasta erudicion y esquisito gusto, que, ligado á la familia de Berro por vínculos estrechos, se complacia en cultivar aquella inteligencia privilegiada.—A la tierna solicitud que en esto ponía Varela se refiere Adolfo en los versos que le dirigió con motivo de la muerte de su esclente hermano Rufino:

Florencio amigo, que de tiernos años  
Amar me hiciste la virtud austera  
Y acá en mi mente derramaste ansioso  
Blandas ideas.

Adolfo habia llegado á aquella sazon en que los años nos empujan sobre los caminos de la vida social y un nuevo espectáculo se ofrece á nuestros ojos. Berro, era uno de esos hombres predestinados á verlo todo de una vez, á distinguir las llagas á traves de las flores que las cubren, á oir los ahogados gemidos que se escapan en medio de las risas y de los himnos, á no detenerse en la epidérmis de la sociedad.—¿Quién puede calcular las impresiones, los dolores que

aquejarían aquella alma en el momento en que el espléndido manto que viste el mundo á nuestros ojos de niño, se convierte en paño negro empapado de llanto?

Berro, lleno de la fortaleza de la virtud, é iluminado por su inteligencia, tenía la conciencia de sus deberes. No podía ser de otro modo, porque Dios no prodigó los dotes que le concedió, para que se estingan en estériles gemidos. Tal vez ese tinte melancólico, que tanto interés daba á su pálido rostro, era hijo de la tristeza que produce la contemplación de esas hondas miserias, hermana-da con los duelos domésticos que ha vestido su hogar, desde los tempranos días en que su valiente hermano D. Ignacio rindió la vida por la Patria, en los gloriosos campos de Ituzaingó.

Muy serías tareas ocupaban su ánimo. La infame tiranía ejercida en la raza de color, no podía dejar de sacudirlo fuertemente; el corazón y la justicia la condenan con horror. Un homenaje tributado al talento de Berro por el Superior Tribunal de Justicia, nombrándole asesor del defensor de esclavos en 1839, y que el aceptó y desempeñó con un saber y una elevación que bastarían para ilustrar su nombre, le dió ocasión de conocer en todos sus inauditos detalles la opresión que pesa sobre esos miseros hombres, que la perversidad humana quiere transformar en bestias. Se consagró entonces á promover la aplicación del remedio radical de esa lepra de nuestra sociedad.

—*La emancipacion y la mejora intelectual de las gentes de color*; y escribió un proyecto, que tenemos á la vista, para alcanzar esos fines por medio de la *asociacion*, consultando, en todo ello, los derechos de la humanidad, y los bien entendidos intereses morales, políticos y económicos de la República.

Alejado de nuestras luchas civiles, se consagró á servir positivamente á su pais; y estendió sns meditaciones sobre *la educacion popular*. Trabajos de verdadera conciencia, que favorecen tanto á su carácter como á su corazon: que lo llenaban completamente. En el delirio que precedió á su muerte, llamaba á D. Cándido Juanicó y hablaba de unos papeles que á este le pertenecian. Eran los apuntes sobre la educacion de nuestro pueblo!

*En uno de esos momentos en que, como lo dice en una nota sobre el Azahar, nuestra alma nada encuentra en el mundo que la satisfaga, la conmueva, se puso á borrajear mil ideas incoherentes, y escribió sns primeros versos, á que siguieron poco despues los de la magnífica composicion titulada — El Esclavo.*

Adolfo los guardaba con un esmero particular: estas aspiraciones eran su secreto. Una casualidad burló sus precauciones, y una hermana suya, que lo habia sorprendido, dijo á su cuñado, D. Jacobo Varela, que Adolfo hacia versos.

Estrema era la consideracion y el cariño de Berro por Varela, y sin embargo no pudo este

conseguir, sin mucho esfuerzo, que le confiase sus poesias. Consintió en ello al fin y en que se mostrasen á D. Florencio. A esto se debe su publicacion, hecha por este último, y los elogios que decidieron la vocacion de Berro á este género de literatura. Su modestia natural no conocia límites; era una de las cualidades que mas lo distinguian, y tanto, que en unos exámenes de derecho, el presidente del acto, Dr. D. Julian Alvarez, creyó que debia hacer de ella pública recomendacion.

Adolfo se sentia morir: se sentia hundir en el sepulcro y esclamaba :

Morir! sin que entre el polvo los tiranos  
Haya visto en el mundo de Colon,  
Demandando al Eterno en mis plegarias  
Para los abatidos el perdon!

El cielo lo habia decretado de otra suerte: en la noche del 28 al 29 de Setiembre de 1841, las puertas de la eternidad se abrieron para recibirlo, dejándonos en el suelo las hojas de este libro, á que vamos á contraer nuestra atencion.

Una grave cuestion se nos ofrece desde luego: oimos hablar frecuentemente de la *literatura nacional* ¿existe?—¿ha podido existir?

Si la literatura es la espresion de la sociedad, como desde Bonald acá se ha repetido de tantos modos, será necesario que nos demos cuenta del

estado de nuestro pueblo si queremos aproximarnos á una solucion atinada.

No debemos buscar nuestro origen literario en los dias en que, colonos de la España, dormíamos á los piés de sus leones: las colonias no tienen una vida propia, y para colmo de desdicha, el astro de nuestra metrópoli se habia eclipsado: eran pasados los tiempos en que sus armas y sus vates hacian y cantaban cosas dignas del brazo y del ingenio de aquella hidalga nacion. — Es justo abandonar las preocupaciones y el idioma de los campos de batalla. — No hay nacion alguna que haya puesto menos trabas al desarrollo intelectual de sus colonias: solo en las suyas se encuentran rastros de una ensenanza superior. Si lo que entonces se enseñaba casi no merece los honores de la ciencia, es, al menos, cuanto ella poseia.

La emancipacion de las colonias, en su oportuna estacion, es una de esas leyes naturales que los hombres no pueden contrariar. Los pueblos de la antigüedad, dice un escritor español, (1) conocieron esta verdad mejor que los modernos; y así las metrópolis dejaban independientes á sus hijas apenas podian estas sostenerse sin su auxilio; siguiendo la ley de la naturaleza que reclama la independencia de los hijos, cuando ya no necesitan de los padres.

En nuestros tiempos, las naciones lo entienden de otro modo y la independencia de las colonias

(1) D. Alberto Lista.

demanda sangrientas hecatombes; si no conociéramos el vilísimo egoísmo que hace necesario este culto de sangre, tal vez pudiéramos decir que, en nuestros días, no alcanza ninguna colonia su carta de emancipación sin haber probado su temple y su vigor para lidiar, vencer y conquistarla; es decir, sin que acredite su derecho que en este caso es, rigurosamente, su fuerza.

Amaneció el día homérico de 1810; y nuestros gloriosos padres lidiaron, vencieron y sellaron la acta inmortal que agregó diez naciones al plano geográfico del mundo. De entonces hemos visto contar la era de las nuevas sociedades americanas, sin duda predestinadas por las leyes de la humanidad á reasumir una civilización mas completa que la que hoy conoce la tierra. Pero cuenta que nacer no es formarse: que hay un periodo de embrión, de incertidumbre, de vacilación, entre el primer vagido del niño y la primera palabra del hombre; periodo de extravío, delirio, de crimen también, si el freno de una educación acertada ó la pujanza del géneo, no ponen á raya los fogosos impétus de la juventud inesperta y ardiente.

Las cuestiones, pues, de que nos ocupamos vienen á encerrarse en esta pregunta:—¿han alcanzado las nuevas sociedades americanas aquel momento en que las facciones mudables, oscilantes del niño, se pronuncian y toman los rasgos que han de distinguir la fisonomía del adulto?—Con solo contar los días que nos separan del día in-

mortal, la cuestion se resuelve en buena parte; y si tendemos la vista á todo lo que nos rodea, si nos miramos á nosotros mismos rodando en alas del huracan, salpicados de lágrimas y de sangre, sin tener donde sentar el pié, hemos de sentir, poderosamente, que nuestros pueblos no han entrado todavia en aquel periodo de aplomo y de vigor en que se desemboza y fija el carácter de las sociedades.

Acontece ahora en la nuestra lo que en todas las que se hallan en su caso, porque las leyes que rigen al mundo moral son tan constantes, tan uniformes, como las que gobiernan al mundo fisico. Desquiciados los arrimos de la antigua sociedad, resfriadas sus creencias, mal avenida con sus antiguos hábitos, abandonada á impulsos excéntricos, accidentales, contradictorios, la sociedad es un caos; no tiene fisonomía alguna moral y la literatura no puede ser su espresion, porque no tiene espresion el caos. (1)

Las ideas que acabamos de emitir están en jérmen, como casi todas las que contendrá este escrito, cuyas regulares proporciones tememos exceder; son susceptibles, y quizá requieren, mas detenidas aclaraciones; pero, tales como están, las juzgamos bastantes para concluir que no hemos tenido, ni podido tener *literatura nacional* en la acepcion plena y ajustada de estas palabras.

Hemos tenido, sí, ensayos literarios, mas ó

(1) D. Javier de Burgos.

menos felices, como hemos tenido ensayos políticos; pero dominando en unos y otros, como era natural que sucediera, las tintas del elemento extranjero, preponderante en nuestra condicion politica: el de la conquista primero; el de las ideas que adoptamos, particularmente las exaltadas por la revolucion francesa, despues.—Esto explica, si no disculpa, el que se hayan perdido tantas vigili-  
as en pálidas cópias, en borradas imitaciones de instituciones y sistemas que no son los nuestros; que han enjendrado violentas convulsiones, ó desaparecido por ese marasmo que aqueja á las plantas estrañas y las condena á una muda postracion.

Historiar la marcha de esos ensayos, buscando su enlace con el pensamiento político que ha trabajado á nuestros pueblos, es el proceder que, segun lo que alcanzamos, ha de conducirnos á señalar el lugar que merezca la obra que nos ocupa.

Sentidas quejas se han escapado contra la súbita y no preparada importacion de instituciones politicas: confesamos que grave daño debe haber ocasionado; no dirémos que no ha podido obrarse con mas acierto, pero sí, que, atentas las circunstancias de nuestra emancipacion, era muy difícil que acaeciera de otro modo; difícil encajonar el torrente que se desborda; difícil no fascinarse con una luz llena y resplandeciente, y en aquellos momentos de animacion, no entregarse, cuerpo y alma, sin discusion ni exámen, con la confianza

del ciego entusiasmo, á las colosales ideas que habiau obrado el cambio mas prodigioso de los tiempos modernos, hecho vacilar tantos tronos y arrancado de raíz privilegios opresores, estableciendo la igualdad del hombre, la libertad de la inteligencia, de la tierra, del trabajo, de la industria.

Difícil era, repetimos, señalar el liude en que debiera contenerse el espíritu ansioso de novedades y mejoras; y dado caso que se acertará en ello, difícil hacerlo respetar. La revolucion nos habia colocado sobre un plano inclinado, y el impulso fué tan vigoroso, que pasamos, de un salto, en política, de Saavedra á Rousseau; en filosofía, del enmarañado laberinto de la teología escolástica, al materialismo de Destut de Tracy; de las religiosas meditaciones de fray Luis de Granada, á los arranques atéos y al análisis enciclopédico de Voltaire y de Holbach.—Ya no fué entonces, cuestion política solamente: entraron en choque violentísimo todos los elementos sociales, y como la fuerza material es impotente para suprimir hábitos y creencias tradicionales, cumplió la revolucion política en Ayacucho, dejando la social en su aurora.—Los sangrientos crepúsculos de la guerra civil son una consecuencia lógica de estos antecedentes.

La literatura debió someterse á la influencia que se enseñoreaba del campo de las ideas; pero la musa francesa que habia asistido á las saturna-

les de aquella revolucion portentosa, que vestia el gorro frígido, y evocaba las sombras de Maratón y Salamina, cuando la Europa entera se desplomaba sobre ella, no podia traerlos sino las formas del génio griego que la esclavizaba—La poética de Aristóteles era su decálogo—Esta innovacion era de poca monta. Desheredada la raza austriaca del trono de España, por la muerte del imbécil Carlos II, y sentado en él un nieto de Luis XIV, los pirineos abatieron sus frentes altaneras, y el ingénio español, pervertido por el culteranismo en el siglo XVII, vino á postrarse ante la influencia gálica, que este es el hecho que representan Luzán y los otros llamados restauradores de la poesia castellana en el siglo XVIII. —Se solidarón, pues, entre nosotros las formas aristotélicas decoradas por Boileau y algun otro de sus continuadores; y encerrando á nuestros ingénios en estrechos carriles, detuvieron el vuelo, que, tal vez, habria desplegado el génio americano, en el momento en que hundiéndose el edificio colonial, brillaba entre sus ruinas la espada popular y tremolaba en las crestas de los Andes la enseña de la libertad de un mundo. Grandioso espectáculo, á que servia de teatro una naturaleza desconocida: desiertos sin horizonte, montañas que tocan á las nubes, llanuras que se doblan como las olas del mar, iluminadas por un cielo que vaciaba sus colores en nuestras banderas.

Todo era nuevo; nuestra manera de guerrear,

la indocilidad de nuestros caballos que han conocido la libertad y como que luchan con las bridas que los sujetan, la apostura de nuestros ágiles ginetes, sus especiales vestiduras, las armas de que se sirven; esas luchas en que inespertos ciudadanos que llevaban el pecho descubierto, alzaban por despojos, en la punta de la lanza, petos abollados, relucientes cimeras y estandartes, en cuyos dominios siempre habia sol que los alumbrase, y que iban á encerrarse vencidos en un pedazo de Europa!—Escenas que no se parecian á niugunas otras; victorias conseguidas rompiendo audazmente las leyes estratégicas, mas importantes, sin duda, que las leyes de la poesia académica á que se sacrificaban las altísimas y nuevas inspiraciones que debia producir un drama de tanta altura y novedad.

Narramos un hecho, y no queremos—ni como quererlo!—negar la nacionalidad relativa de los fervidos cantores de la guerra de la Independencia: suyas son esas cintas celestes y blancas que coronan las liras de Varela, de Lopez, de Lafinur, de Hidalgo, de Luca; sus himnos durarán tanto como el recuerdo perenal del Cerrito, de Maipú, de Chacabuco, de Ituzaingó; y decimos esto para acreditar nuestro sincero respeto á los nombres que invocamos, nosotros, hombres de ayer, que no hemos llevado una piedra al edificio de la Patria, ni agregado una hoja á su corona.

Mientras que el arte seguia este camino entre

nosotros, una grau mudanza literaria se operaba en Europa, y derramaba una nueva luz que debía proyectarse en nuestras playas, con tanta mas fuerza cuanto es mas directa la influencia del pensamiento francés.—Trazemos lijeramente la imájen de esta lucha, ya que se han traído á nuestra casi desierta arena literaria las clasificaciones, soberanamente absurdas, de *clásicos y románticos*.

Ocioso seria hoy empenarse en demostrar la inconveniencia de algunas reglas, acomodadas á los gustos de las antiguas sociedades, y sujetas, por lo mismo, á las alteraciones que necesariamente producen los tiempos y las condiciones de otra civilización. Esta inconveniencia ha quedado fuera de cuestion, y un escritor remarcable por su moderación, autor de una de las varias imitaciones del Edipo de Sófocles, confiesa con lisura que nada mas acertado ni conveniente que dejar á la imajinacion un vastísimo espacio para que campeé con desahogo, sin hostigarla á seguir paso á paso las huellas de los antiguos. (1)

El arte que sacrificaba el fondo á la forma; que menospreciando los tesoros de la verdadera religion—aun despues de colocados á tan buena luz por el célebre Chateaubriand—no profesaba mas culto que el de los impúdicos dioses del paganismo; que cuando la sociedad se agitaba, se convulsionaba, se despedazaba, permanecía tranquilo como un lago de agua muerta, cuya superficie no

(1) Martinez de la Rosa.—Obras Literarias.



rizan las iras del huracan desatado, era plenamente extranjero á la sociedad, y estaba herido de muerte por su misma esterilidad.

No lo comprendieron así algunos de sus sacerdotes, apegados á los envejecidos preceptos á manera de numismáticos, cuya ciencia se encierra entera en la esplicacion de antiguos bustos y geoglíficos.—No advirtieron, como casi nunca lo advierten los poderes establecidos, que todas las fórmulas sociales deben seguir la marcha del pueblo, plegarse á sus necesidades, amoldarse á los hechos que se realizan; y que el medio mas seguro de hacer imposible las revoluciones es comprender aquella necesidad y hacerle de buen grado los sacrificios que reclame. (1)

De consiguiente, se trabó dura guerra entre los novadores que escribieron en su bandera—*libertad para el arte*, y los que alzaban irascibles el antiguo pendon: desde entonces la suerte estuvo tirada y la revolucion debia recorrer todas sus faces.

Los excesos del llamado romanticismo fueron un resultado natural y que estaba en relacion con la tenacidad de sus contrarios.—La escuela rival, extrema, se reasumió en la forma; para ella las reglas eran todo.—Su antagonista, en desquite, dijo, que las reglas eran nada. Cada uno de estos bandos se apropió un pedazo de la verdad,

(1) Nuevos ensayos de politica y filosofia, — por Mr. Ancillon.

que está en la índole de toda parcialidad exagerada—casi todos lo son por desgracia—no poseer sino verdades incompletas y mezcladas con el error. Tenian razon los llamados clásicos en sostener algunas reglas, que serán tan eternas como la fábrica del mundo, por que están tomadas de la invariable naturaleza; y teníanla los románticos en despedazar preceptos y clasificaciones mudables por su carácter de convencion y especialidad, y destinados á renovarse y perfeccionarse con la sociedad.

Pero en esas horas no se discute, se pelea: para meditar y razonar, es menester detenerse y recoger el ánimo, y el que se detiene es derribado en el polvo por las ruedas del carro revolucionario. Esta es una ley constante de todas las revoluciones: los extremos se acercan en esos momentos calorosos, porque se anda el camino á paso de ataque y, en el ansia de la victoria, las distancias vencidas se encojen y nunca se cuenta haber avanzado bastante.

Sin embargo, el triunfo de los novadores era un hecho que debia consumarse, porque habian tomado por su cuenta satisfacer necesidades verdaderas que sus enemigos desconocian ó despreciaban: es decir, era en su origen una legítima revolucion y no uno de esos miserables motines, hijos de la pasion, estrechos como ella, que suelen escandalizar al mundo con sus alaridos impotentes. Pero habia llegado mas allá de su objeto,

y al apagarse los fuegos enemigos, se dejó ver sobre el campo de batalla un monstruo diforme, acabada personificación de una literatura nacida en medio de los vivaques y nutrida con la cólera de los combatientes: fenómeno descomunal, sirviéndonos de la imagen de un poeta muy distinguido, que si pudiera convertirse en ente animado, sería adecuado protagonista de la epopeya de otro Milton. (1)

Literatura escepcional, transitoria, hija de la resistencia que debia extinguirse con ella en todo lo que tenia de violenta y exagerada.

Muy temprano apareció en las orillas del Plata el espíritu innovador; cuando recién acababa Victor Hugo de dar á la escena su primer drama—Hernani—ya publicaba D. Estevan Echeverría sus *Consuelos*. El momento era oportuno. La guerra de la independencia habia terminado; y despojadas nuestras lirás de la pasión guerrera que las ennoblecía y nacionalizaba, necesitaban armonizar su entonación con el estado de nuestro pueblo, que apuraba el caliz de la desgracia y estaba menesteroso de doctrina y de verdad.

El libro del Sr. Echeverría abrió una nueva época; es el punto en que se separa de nosotros el arte antiguo, para dar plaza al arte de nuestro día: se esconde de nuestra vista la poesía pueril, mero objeto de pasatiempo y solaz, abdicando su imperio las sensuales deidades del paganismo, y raya

(1) Maury: autor de la *Espagne Poétique*.

en el horizonte un brillante crepúsculo de esa poesía, instrumento de mejora social, poesía de verdad, de sentimiento, que se alza á la contemplacion de elevadísimos objetos. Pero era un crepúsculo, nada mas : no tienen los *Consuelos* todas las condiciones que debe reunir el arte nuevo. Bien lo conoció el clarísimo ingénio de su autor, según se vé de una de las notas de su libro, y lo espresó, mejor que pudiéramos hacerlo, un literato argentino de merecida y envidiable reputacion. (1)

A los *Consuelos* siguieron las *Rimas* del mismo autor, vistiendo las galas, que con mano tan liberal, brinda al artista nuestra naturaleza física. Este es el mérito sobresaliente de esta obra. El Sr. Echeverría parece que se habia inspirado con esas misteriosas armonias que producen los árboles del desierto, sacudidos por el viento de la Pampa; y sus *Rimas* tienen el colorido local que es una de las condiciones que ha de asumir la poesía americana. El género descriptivo debe adquirir en América una existencia llena de energia y novedad, si lo realza y anima el pensamiento social, la idea civilizadora, que debemos pedir á todas las obras del talento.

Repetidos ensayos se han sucedido á los del Sr. Echeverría, y muchos nombres nuevos hemos saludado. Las prensas periódicas del Plata, seña-

(1) D. Juan Maria Gutierrez, en el discurso que corre al frente de la segunda edicion de los *Consuelos*.

ladamente la de Montevideo, que tan alto rol desempeña en el movimiento civilizador de estos países, ha entregado á la circulacion numerosas composiciones poéticas, cuyo analisis no cabe en este cuadro.—Entre ellas aparecieron, en los últimos tiempos, las de Adolfo Berro, que nos toca examinar.

Para hacerlo con mediano acierto, hemos intentado bosquejar los antecedentes literarios de nuestro pais, y vamos á reasumirlos. El origen de las naciones, siempre está envuelto en un velo poético; y si buscamos su cuna, siempre encontraremos al pié de ella, la sombra del bardo religioso ó del bardo guerrero. Estos cantares transmitidos por la tradicion oral ó escrita son las primeras páginas de su historia, el reflejo de la sociedad; por eso Ossian es la espresion de un pueblo; por eso los cronistas españoles han tomado de los antiguos romances las noticias de que han formado sus narraciones, y los consultan para estudiar y comprender las ideas del siglo de que proceden.—Pero entre nosotros no existe esta poesia indijena, porque no somos un pueblo original ni primitivo. La espada de la conquista aniquiló á los antiguos señores de estos países, ó los encerró en el desierto con sus hábitos y recuerdos: y aunque su idioma se habla en gran parte del litoral de nuestros grandes rios interiores, no es por eso menos cierto, que un abismo sin orilla separa á la raza indijena de la raza

conquistadora.—Lo pasado es una estatua europea colocada en las agrestes soledades americanas: no la interroguemos, que no tiene voz para nosotros.—La revolucion no ha podido substraernos instantáneamente á este vinculo de familia que nos liga á la Europa; vinculo que hace mas estrecho la civilizacion adelantada que ella posee.

Hemos sentido tambien, que la literatura no ha podido constituirse, despues de la revolucion, porque no se ha constituido la sociedad. La literatura como todas las fórmulas sociales, tiene algo de general que pertenece á la humanidad, á todas las sociedades, á todos los hombres y cuya patria es el mundo. Pero, si no nos engañamos, la literatura, para ser la espresion de un pais dado y ser útil á determinada sociedad, debe realizar la misma operacion que el legislador que va á constituir á su pueblo. Hay ciertos derechos, que llamaremos divinos, porque emanan de las necesidades irresistibles con que Dios nos ha dotado. Estos derechos no los dan las constituciones, los consignan; pero la mision de los que las redactan es, despues de declararlos, modificarlos sin tocar á su esencia y conformarlos á las especialidades morales, geográficas é históricas del pais que van á constituir: de manera que, ya que no entra en nuestra desgraciada condicion una perfeccion absoluta, produzcan el mayor grado de felicidad posible, que este es, en suma, el objeto á que deben dirigirse todas las instituciones humanas. Todo,

pues, lo que tiene la humanidad de general en sus instintos supremos, en sus necesidades universales, pertenece á la poesía de todos los países: las singularidades de cada uno de ellos, los modos en que esas singularidades se traducen ó modifican aquellos instintos, constituyen lo que nosotros entendemos por legislación, por arte nacional.

Hemos dicho que esas especialidades no se distinguen aun entre nosotros, y creemos que no han de pronunciarse, en su totalidad, en mucho tiempo, porque han de ser, principalmente, el resultado de esa copiosa población, de varios hábitos, que hoy afluye en particular á nuestro país; pero aun en este estado no puede dejar de sobresalir algun sentimiento, alguna necesidad; y la literatura que lo penetre y lo explique, que ponga el dedo sobre nuestras llagas, será literatura nuestra, de ese día, de ese dolor, de esa esperanza que nos embarga.

La época en que apareció Berro le imponia muy serios deberes; el arte empezaba á tomar tintes locales, y las sociedades americanas llegaban á la sazón, en que habiendo cosechado larga y costosa experiencia, en medio de sus convulsiones, era natural que abrigasen algun deseo poderoso que satisfacer.

La guerra civil le daba á la América sus amarguísimos frutos. A la algazara del motin, sucede el petrificante espectáculo de los cadalsos y las

proscripciones en masa: la apoteosis ya no se obtiene arrancando banderas para colgar la techumbre de los templos, sino presentando el pecho al plomo del verdugo: en vez del campo de batalla, el cadalso: en lugar del héroe, el mártir.

Pero aquí, el lugar se estrecha; la lucha se agota, por qué la anarquía y la tiranía no tienen porvenir: el dominio pleno es para ellas un síntoma de muerte. Todos sus extravíos, todos sus delitos, su violencia sobre todo, sirven á hacer mas rápido su descenso. Caen por que deben caer, como cae la piedra arrojada en el vacío.

Ese desorden que sobre todos pesa, que á todos lastima; que separando al hombre, por la violencia ó el tedio, de la vida esterna de la sociedad lo concentra en su vida íntima, como para llorar en sus propios infortunios los infortunios públicos, lo llama á mejores ideas, á meditaciones severas; compara, analiza, y la mano del crimen entronizado ó de la anarquía delirante, lo empeña en el estudio de los males que lo afligen. Su individualidad se transforma entonces, si disecada ya por el vicio no se ha convertido en un cadáver.

Esas transformaciones no pueden encerrarse en el hogar domestico: una fuerza invisible las empuja: el hombre se siente obligado é impelido por su instinto, por una voz interior, á estender y hacer dominar en rededor suyo la mudanza, la mejora que ha experimentado interiormente.

No á otra causa se debe los grandes reformadores. (1)

Creemos que no existe actualmente en nuestros países, un hombre honrado, una cabeza inteligente que no haya sido aquejada por el agudísimo dolor que ocasiona el desórden moral, la anarquía material que produce ese desórden, la tiranía de uno ó de muchos que resulta de la anarquía; y el hombre huye del dolor instintivamente. Y como así nos esplicamos las reacciones hácia el órden que enjendra siempre el exceso del desórden: como sobre estas bases reposa nuestro mismo convencimiento de que esos caziscos que tizan y azotan á los pueblos americanos, y cuya aparicion concebimos perfectamente, son colosos con pies de arcilla, á medida que sus tendencias inmorales se desarrollan y sus proporciones se agrandan, los vemos bambolear sobre sus menguados apoyos: y apartamos la vista, indeliberadamente, para buscar el simbolo de los días que van á venir; ponemos el oído para escuchar la palabra que nos revele el sentimiento, las ideas íntimas, que se esconden en el seno de la sociedad.

Así es que cuando le oímos esclamar á nuestro poeta:

Y por qué bajan al llano  
Esas huestes iracundas  
Y en contiendas infecundas  
Sangre dan y hacen correr?

(1) Mr. Guizot. Histoire générale de la civilisation en Europe.

Por qué quieren sus caudillos  
Con el hierro de la lanza,  
Dó virtud tan solo alcanza  
Alcanzar ellos también?—

Pareciéonos escuchar la voz de todos los buenos ciudadanos, el grito de horror á la guerra civil, y Berro espresó, para nosotros, un sentimiento general, destinado á dominar y estenderse en todo el terreno que esas luchas han yermado.

Es indudable, en nuestro sentir, que esas exclamaciones son los síntomas del descrédito en que, despues de tantos ensayos sangrientos, han debido caer las utopias de los ideólogos que han querido constituirnos á *priori*, las promesas de los ambiciosos, las miras estrechas de nuestras banderías y parcialidades; y que la reaccion que debe postrar á esos poderes tiránicos, incubados por la guerra civil, ha de tomar nuevas veredas. No ha de recurrir á las transiciones violentas, sin estrellarse con los hechos consumados y los intereses establecidos; ha de anunciarse retrocediendo insensiblemente de las constituciones, á los catecismos; de los jurados, á las escuelas; de la ardiente polémica de los partidos, á la predicacion evangélica del párroco ilustrado y patriota; en una palabra, de las bayonetas, á las ideas y á las labores industriales. Si este retroceso que presentimos, que nos parece lógica é historicamente natural, es una mera ilusion, una quimera, no queremos despojarnos de ella: la defenderemos, co-

mo una madre defendería al hijo que estrecha en su pecho palpitante.

La reaccion en que confiamos, esa hija de las desgracias de que ofrece la América triste espectáculo, será, como todas las obras de verdadera civilizacion, penosa y lenta: no tendrá esa gloria estrepitosa que sueñan las trompetas del conquistador y del guerrero, y requiere, por lo mismo, hombres de alta inteligencia, sólidas creencias y virtuosa abnegacion.

Berro, no dió solo un lamento, se asoció á un programa —Moralizacion de la familia, cuyos vinculos desata sacrilegamente la guerra civil.—Enseñanza popular,—Asociacion de todos, para hacer lo que á todos conviene,—y puso mano á la obra con sano corazon é indispensable talento.

La muerte que nos lo arrebató en flor, le dejó vivir muy cortos dias y profanaríamos su memoria, con una torpe adulacion, si le atribuyéramos á sus tareas un desarrollo que no pudieron alcanzar.—Pero ese que señalamos es el pensamiento que anima todas sus obras, á el pertenece el fondo de las poesías que examinamos; y si esto es cierto, como positivamente lo és, Berro merece uno de los primeros rangos entre los poetas americanos, porque es de los que mejor han comprendido la mision eminentemente social que la poesia debe desempeñar entre nosotros.

Hemos advertido el influjo normal y poderoso que ha ejercido en nuestros ensayos el pensamiento europeo; y, si no nos equivocamos, ha de haber resaltado, entre otras, la necesidad de estudiar detenidamente el estado social de nuestros pueblos para no aumentar combustible á la hoguera en que arden y precipitarlos del punto á que los arrastra la mano del desengaño, tomando, de nuevo, lo que corresponde á exigencias muy distintas de las nuestras.—¿Qué seria hoy, entre nosotros, qué producirian, por ejemplo, las tentativas de realizar los sistemas societarios de Owen, Saint-Simon ó Fourier?—Ellos traen su origen en una causa peculiar de la sociedad europea: siente ella que la base de su actual civilizacion flaquea, y se arroja á buscarla por senderos desconocidos.—Achaques de una sociabilidad gastada, males de una vida dilatadísima, cuya expresion no puede dejar de ser mas que un sonido ininteligible para pueblos que le pertenecen, por entero, al porvenir, que solo necesitan ascutar el pié, para crecer y desenvolverse.

La literatura francesa, que nos es tan familiar, cuenta por órganos ingénios, de primera clase, y tiene muchos puntos de atraccion para los espíritus jóvenes, para las imaginaciones ardientes, que debe cautivar, desde luego, por la altura y novedad de su entonacion, por la bizarra desenvoltura de sus formas; corresponde, en general, á la situacion que hemos indicado, y ofrece visibles ries-

gos, que encontramos un gran mérito en salvar.

Porque en efecto; Hugo, Dumas, Balzac, Jorge Sand, Federico Soulié, el mismo Lamartine, después de la publicación de *Jocelyn* y la *Chute d'un Ange*—esa literatura escéptica y descreída que cuestiona ó vacila cuando se le pregunta por Dios, por sus altares, por las leyes que rigen al hombre y al universo, ó contesta con el Hamlet de Shakespeare—*palabras! palabras! nada mas que palabras!*—¿tiene un solo éco que responda á nuestras necesidades?—Si la hacemos caer en el corazón de nuestro pueblo, ¿qué podrá inducir sinó trastornos, qué habrá de engendrar sinó catástrofes?—Nosotros creemos que es preciso huir tanto de la literatura atea, como de la literatura pagana; de la desesperación de Byron, como de la inapeable fatalidad de Sófocles.

La base de todo pensamiento fecundo, el fundamento de toda opinión, de toda ciencia, de toda fé, es la religión.—La falta de un dogma religioso cualquiera, es la causa matriz de la inestabilidad de las creencias de la época actual, el motivo radical de la bajeza de sus sentimientos y necesidades, la razón íntima y secreta de todas las perplejidades, tristezas y miserias contemporáneas. Es patente que cuando las naciones no tienen un dogma esplicito que ilumine su inteligencia, una fé viva y ardiente que vivifique su alma y aliente su voluntad, están en la imposibilidad moral de poseer una literatura importante y profunda, ver-

daderamente digna de tal nombre. —La irreligion en la humanidad origina la anarquia en las ideas, el desórden en los sentimientos y el caos en la literatura. (1)

Ninguna esperanza completa de mejora podemos abrigar, sino robusteciendo la creencia religiosa.—Berro lo comprendió perfectamente; su espíritu religioso, es decir, su espíritu trascendental, alzó el vuelo hasta la causa primera, para buscar en el principio de toda verdad, de todo órden, de toda belleza, de toda justicia, en

El Dios que la luz sea, dijo, y fué,

el lazo de oro que liga al cielo con la tierra, al hombre con su Creador, y proclama la ley de Cristo como base de toda mejora, como fuente de toda esperanza, en la forma en que la conocemos, en su forma mas pura y mas cabal:—el catolicismo.

Las opiniones literarias de Berro, están intimamente unidas á sus ideas morales: la pureza, la sencillez, la verdad en el arte, como en la vida, la sobriedad, el buen gusto, la propiedad en las formas artisticas, como en las acciones sociales.

Confiesa él, en su prólogo, que *no tiene sistema*; y en esto representa el lejítimo resultado de la última lucha literaria.—La belleza no es indigénica de ninguna escuela: los sistemas literarios, como las formas políticas, ya no se clasificarán en lo fu-

(1) D. Cortés.—De la literatura actual.

turo por lo que son en sí mismos, sino por el buen empleo que se haga de sus preceptos en las obras á que se apliquen.

La tolerancia en esto, como en todo, constituye la verdadera libertad; y esta es la que necesitaba el arte, y no el licencioso desenfreno, propio de las medianías, que, viendo desechadas algunas reglas que observaron los antiguos, desprecian, sin conocerlas, sus obras inmortales; cierran los libros, y sin alimentar su inteligencia con el estudio de los altos maestros de todas las escuelas, se dán á cubrir de escombros el campo de la literatura.

Las composiciones de Berro reúnen todas las condiciones que constituye la belleza de la forma: claridad, sencillez, unidad simbólica; proporcion en las partes, correspondencia entre el estilo y el asunto.—La variedad de metros, de que se abusa tanto, solo la admite cuando la inspiración la reclama.—Domina sobre todo, en el conjunto de sus obras, esa *candidez inimitable que parece hija de la naturaleza*.

Bien quisieramos, si este escrito no fuera ya tan extenso, entregarnos á señalar algunas de las pruebas de este juicio; pero cualquiera las hallará, abundantísimas, á la simple lectura del mayor número de las composiciones que encierra el volumen.

Mas que en honor de nuestro amigo, en honor de la Pátria, colocamos en la siguiente página, con

todas las esperanzas que ella inspira, *la acta de la Juventud Oriental*, decretando un sepulcro á la memoria de **Adolfo Berro**.

A. LAMAS.

Montevideo—1842.

---



## ACTA.



LA JUVENTUD ORIENTAL, deseando hacer una demostración del sentimiento que le causa la pérdida de su malogrado compañero **Adolfo Berro**; teniendo presente que esta pérdida, por invaluable que sea, solo puede ser sentida en familia, ya que el público no conoce sino muy pocas, aunque preciosísimas composiciones de su ingenio; que por inmensa que fuese la esperanza que haya debido cifrarse en la virtud, talento y aplicación de aquel joven, ella se halla, sin embargo, casi del todo encerrada en el corazón de los que tuvieron la fortuna de penetrar su modestia y arrancar el secreto de su genio; y que el testimonio de aprecio que se tribute á su memoria, debe ser análogo al sentimiento que lo produce :

Ha acordado lo siguiente :

### I.

LA JUVENTUD ORIENTAL dedica un sepulcro á la memoria de **Adolfo Berro**.

II.

Este sepulcro será modesto; y no se solicitará para él ninguno de los sitios privilegiados.

III.

Será costeadado esclusivamente por los Jóvenes Orientales.

IV,

Se señala la cuota de seis patacones por cada contribuyente. Si resultase algun sobrante, terminada la obra, se destinará á un objeto de utilidad pública.

V.

Se nombrará una comision de tres individuos á la que se encarga de la realizacion de este pensamiento bajo las condiciones espresadas.—Esta comision queda plenamente autorizada en todo lo relativo á este objeto.

VI.

Quedan nombrados para formar esta comision los Sres. D. Cándido Juañicó, D. Eduardo Acevedo y D. Andrés Lamas.

Y para constancia de estos acuerdos hemos firmado la presente, en Montevideo, á 6 de Octubre de 1841.

*Ramon Vasquez, Norberto Acevedo, José Ramon Aguirre, por Juan I. Blanco, A. M. Perez, José Maria Solsona. Rafael Fernandez Echenique, Manuel N. Tapia, por mi y mi hermano José Cayetano; Juan Córdos Gomez, Teodoro*

*M. Vilardebo, Juan J. de Arteaga, J. Ramon Gomez, Agustín C. Baena, C. Juanicó, Florentino Castellanos, J. Raimundo Artecona, Eduardo Acevedo, Juan Miguel Martinez, Antonio T. Dominguez, Manuel Solsona, Andrés I. Vasquez, José E. de Zas, Federico Giro, Andrés Lamas, Manuel Herrera y Obes, A. M. Perez, Nicanor Costa, Alanacio C. Aguirre, Vicente V. Vasquez, Juan Alanacio Labandera, por mi hermano Prudencio Echeverriarza, Manuel Pereira, Javier Laviña, Agustín Correa, Pedro J. Llambi, Benito Baena, Ramon Masini, Francisco Acuña de Figueroa, Fernando Quijano, Francisco Bauzá, Juan José Cabral, Lorenzo Batlle, Juan Mendoza, Juan P. Maestre, Fortunato Silva, Melchor Pacheco y Obes, por José Antonio Costa, M. Pacheco y Obes, José Antonio Mirabal, Joaquín Requena, José Antuña, Pantaleon Perez, Adolfo Rodríguez, por mi hermano Santiago Estrázulas y por mi, Jaime Estrázulas, Patricio Vasquez, Carlos Carvallo, Alberto Flangini, Juan Valilés Carrero, Francisco M. Lebron, Isidoro de María, Mariano de Uriarte, Juan M. Nin, José Julian Maciel, Federico Nin, Juan A. Zavalla, Luis U. de la Torre, Vicente Latorre, por mis hijos menores, Francisco J. Muñoz, José María de Roo, Cristóbal Salvañach-Enrique Juanicó, Diego Furriol, Francisco A. Gomez, Juan García Wich, Carlos Navia, Antonio Nin, Martiniano Moulid, Joaquín Pedralbés, A. Rius, Gerbasio Burguenó, Javier Alvarez, Nicolas Zoa Fernandez, Ramon de las Carreras, Bartolomé Melis, Antonio J. Morales, Antonio Martorell, Antonio de Castro, Nereiso Antonio Ferrer, Pedro P. Olave, Manuel A. Fernandez Echenique, Juan Manuel Arla, Miguel Solsona, Juan C. Vasquez, Pedro Antonio Lombardini, Guillermo Diago, Prudencio Echeverriarza, Manuel Estevez, Avelino Sierra, por Eduardo Gomez, P. Echeverriarza, Ambrosio Velasco, Juan José Soto, por D. Javier Viana, D. Francisco Moran y D. Agustín Urtubry. Nicolas Zoa Fernandez, Juan P. Caravia, Plácido Laguna, Manuel Barreiro, R. Cachon, por José F. Cabrejo, Juan*

*José Soto, Torcuato Gonzalez, Estanislao Vega, Angel Medina, Francisco Hordeñana, Manuel Ila, José María Díaz, Manuel Caravaca, por mí y por mi hermano Carlos, José M. Muñoz, Francisco Luis Muñoz, Laureano Anaya, Juan G. Corta, José Felix Antuña, Juan Gualberto Garcia, por José Garcia Sienra, Ramon Vazquez, Francisco Arrien, Luis Gomez Arboleya, Felipe Prego, José G. Requena, José Espina, Dámasio Correa, Francisco Solano de la Sierra, Julian Susviela, Juan G. Sienra, Luis Mazariegos, Joaquín B. Errazquin, por ausencia de mis hermanos Manuel y Francisco Errazquin y por encargo de D. Doroteo Garcia, Joaquin Errazquin, Albano de Olivera, E. Iriarte, Rafael Aguilar, Plácido Ellauri, Federico Silva, Antonio R. Facio, Francisco Acha, Demetrio de la Sotilla, Joaquin de las Carreras, Bernabé Magariños, por J. Gonzalez, D. Magariños, por ausencia de D. Pedro Mayano y D. Francisco Vasquez, Ramon Vasquez, Salvador Mandiá, por ausencia de D. Adolfo Dolz, Antonio Perez, Salvador Jimenez, por ausencia de D. Fernando Suarez, Salvador Jimenez, Pedro Suarez, Manuel Llamas, Modesto Diaz, Agustin Viana, Juan Pedro Zavalla, Juan F. Correa, José Pereira, B. Mitre, José Agustin Pagola, por mis hijos menores, Roman Acha, Roman Garcia, Luis Herrera, Basilio Alcorta, Carlos Garcia, Ezequiel Perez, Ramon N. Martinez, Abel Aguilar, Francisco Sanchez, Federico Rucker, Luciano Casas, Ramon Aguirre, Juan P. Salvendy.*



## ADOLFO BERRO

---

Cuando se nos anunció la muerte de este poeta, nos pareció que se nos arrebatara una parte de nuestro porvenir.

VICTOR HUGO.

Muy amargos son los días en que vivimos y á muy amargas pruebas nos sujeta la Providencia.

Condenados al espectáculo de estas luchas impías en que la barbarie, desbordándose del desierto, ha conquistado en su pujanza ciudades que le sirvan de trono y hordas frenéticas que hacen vacilar sus altares, estrellándose en unas partes con el *positivismo* que todo lo reduce á aritmética, y sofoca con sus helados raudales el fuego de los mas sagrados sentimientos y de las mas santas inspiraciones; y tocando en otros con esa insana é infecunda anarquía de ideas que nada crea, que nada sanciona y que se revuelve vacilante entre ruinas,—si escapamos por fortuna de los brazos de la duda, y nos recojemos á buscar un momento de solaz, á la sombra de nuestras banderas, tan recientemente combatidas por la tempestad; en el lu-

gar de un hermano casi siempre encontramos una tumba, donde dejamos un vaso lleno de esperanza y de vida la muerte nos arroja un esqueleto, como si, con los huesos de los buenos, quisiera escribirnos sobre el cenotafio de los mártires, una horrible profecía! . . . .

Si ella hubiera de realizarse, felices los que mueren!—Las carcajadas de los verdugos y los ayes de las victimas no penetran la loza de los sepulcros.

Pero si como lo creemos la causa de la humanidad es invencible; si la barbarie y la tirania pueden batallar, pero no vencer; si el sol de nuestros estandartes, casi eclipsado en estos dias de vértigo y de espiacion, ha de volver á lucir tan esplendente como en los dias homéricos de nuestros padres, cuan triste es nacer en medio de las tinieblas; desear la luz y no verla un solo instante; idolatrar la libertad y sentir el ruido de las cadenas; buscar las aras de la concordia y de la fraternidad y verlas en el polvo, y oir por todas partes el horrible clarin de la discordia que toca á degüello á las puertas de nuestro hogar: tener un alma de poeta, un corazon rebozando en amor de la humanidad y al preludiar la lira para llorar con los aflijidos, y consolar á los que caen, sentir que la muerte nos la arrebatara, y desfallecida doblar la frente en el seno de la tumba, sin haber visto realizarse una sola de nuestras esperanzas, ni cumplirse uno solo de nuestros votos!

Cuando se estingue así una inteligencia superior, se mezcla á nuestros tristísimos dolores los que debe haber sufrido el pobre moribundo. Lloramos por él con el llanto que derramamos por la patria, y por mas que adoramos los altos decretos del que todo lo dispone, cuando vemos que se nos arrebatan tantas esperanzas aun en flor; cuando muere uno de estos hombres puros, que ni siquiera ha salpicado el lodo de los partidos, y que se anunciaban como apóstoles de mejores dias y de glorias mas tranquilas que las que nosotros alcanzamos, nos parece, segun la espresion del célebre lírico de nuestros dias, que se nos arrebatara *una parte de nuestro porvenir*; y entonces solo lanzamos un grito de desesperacion.

Y no es mas que este grito desesperado lo que podemos ofrecer, en este momento, sobre la tumba que acaba de abrirse para recibir á nuestro amigo **Adolfo Berro**.

Joven poeta de veinte y tres años, miembro distinguidísimo de esa porcion de la juventud nacional que honra nuestros estudios de derecho; hombre de corazon noble y de inteligencia elevada; de carácter suave y lleno de virtudes y talentos que realzaba con una modestia tan apreciable como poco comun, era Adolfo Berro una de las mas bellas y fundadas esperanzas de la República—Su patria, su familia, sus amigos, nunca lo llorarán bastante.

El sincero dolor que nos ha dominado, al saber

su pérdida, y que apenas nos deja coordinar nuestras ideas, nos hace dejar para otro día el rendirle un homenaje mas digno de su memoria.

Setiembre 29 de 1841.

UN ORIENTAL.

(Tomado en la Biblioteca Nacional, del número 841 de *El Nacional*—  
30 de Setiembre de 1841.)



# GUERNALDA POÉTICA

POR

D. JOSÉ M. CANTILLO, D. JOSÉ RIVERA INDARTE,

D. JOSÉ MÁRMOL,

Y D. FRANCISCO A. DE FIGUEROA.



# UNA LÁGRIMA

SOBRE LA TUMBA DE BERRO.

---

Oh vida ingrata la del triste vate  
Que una por una disiparse mira,  
Las esperanzas que con sueños de oro  
Le adormecian.

Mision amarga la que el cruel destino  
Imprime ufano en su escabrosa via  
Cuando á que llore la ilusion que pierde  
Tenaz le obliga.

Y el vate llora . . . su consuelo es ese,  
Acaso estéril, pero su alma henchida  
De tanta pena, en soledad derrama  
Lágrimas pias.

Llanto y suspiros que la noche oculta,  
En el silencio de su sombra amiga,  
—Cuando el oido del que llora no oye  
Fria sonrisa.

Esa sonrisa desdeñosa, amarga,  
Que el fuego santo de la mente enfria,  
Que hiel a el eco de la voz del vate,  
Cuando suspira.

Esa sonrisa tan cruel, que ahoga  
Gratos sonidos de armoniosa lira,  
Que las miserias condolida canta  
De nuestra vida.

Oh Dios! si al hombre que tu fe venera,  
Y á quien la duda sin cesar agita,  
No lo sostiene tu poder inmenso,  
Señor, vacila.

Porque el combate que su pecho sufre  
Y que carcome su lozana vida,  
Oh Dios, se aumenta y cada sol acrece  
Su noche umbria.

Ayer el llanto humedeció mis ojos,  
Que derramaron en la tumba fria  
De virgen pura, que ofreciera acaso  
Durable dicha;

Pero fué el llanto que el cristiano vierte,  
Cuanto ante el cielo su cerviz humilla,  
Y acata ciego sus supremos juicios  
Y se resigna.

Fué una plegaria que exaló mi labio,  
Una armonia que elevó mi lira,  
Que creí dejara algun consuelo leve  
Al alma mia

Mas ay! ahora desengaño amargo  
Vuelve á arrancarme una ilusion querida,  
Que de la patria una esperanza bella  
Esteriliza.

¿No basta acaso que el azote duro,  
Que la discordia con crueldad agita  
Nos arrebató los objetos caros  
De nuestra vida;

Y unas tras otras abatiendo vaya  
Con mano alevé y con cerviz impía  
Nobles cabezas, de la patria orgullo,  
De Dios benditas?

No: que sin duda en el excelso cielo  
Existe amarga maldición escrita,  
De desventuras que apurar debemos  
En esta vida.

Y ay! del que duerme entre dorados sueños,  
Ay del que en dulces ilusiones fía,  
Si una por una, marchitarse todas,  
Luego las mira!

Que ese vacío que nos dejan ellas,  
Sino hay fé pura en la piedad divina,  
Lo siente el alma que en temor y dudas  
Triste vacila.

¿No era el consuelo, la esperanza no era,  
De aquesta tierra de venturas digna,  
Esa existencia que en la tumba vemos  
Hoy, abatida?

El que á la patria consagró los himnos  
Suaves, sonoros, de su dulce lira,  
El que lloraba cuando al hombre débil  
Llorar veía:

Que derramaba celestial consuelo,  
Con sus cantares, en el alma aflicta,  
Ha eumudecido y nos ofrece solo  
Yertas cenizas?

Sus tiernos cantos se extinguieron ora,  
Mas no los ecos de su voz querida,  
Que son acentos que bondoso y pio  
El cielo envía.

Y hoy que ya el polvo de la tumba ahoga  
El sufrimiento que agostó su vida,  
Hoy que la muerte de los hombres deja  
Inútil la ira:

La indiferencia estenderá su velo  
Aun mas pesado que la loza fria,  
Sobre el sepulcro que por siempre encierra  
Su tierua lira?

Cómo!—el olvido será el solo premio  
Del hombre justo que su afan dedica  
A alzar su mente hasta el excelso trono  
Y allí la fija?

Que allí estudiando la verdad oculta,  
Hondos misterios penetrando asidua,  
Pide al Dios bueno para el hombre misero,  
Ventura y dicha?

Oh' no, la tumba en su eterno silencio,  
Si encierra avara tanta frente altiva,  
No ahoga en ellas sensaciones gratas  
Que trasmitian.

No, tierno vate . . . tu recuerdo, siempre,  
Será memoria al porvenir querida,  
Y á aquellas almas que sus dulces versos  
Adormecian.

Y yo que en ellos el consuelo hallaba,  
Y que á tus horas ya son mas las mias,  
Deja que riegue con copioso llanto  
Tu loza fria.

JOSÉ MARIA CANTILO.

Montevideo, Octubre 1º. de 1841.

Número 818 del «Nacional».—5 de Octubre de 1841.

---



## Á LA MUERTE

DEL POETA ADOLFO BERRO.

---

Cuando del orbe se despide el día  
Y envuelve en su crespon la noche al suelo,  
Cual plegaria de amor que sube al cielo  
Se oye vaga vibrar una armonía:  
Y la mano de cruel melancolía  
Vierte en el pecho inconsolable duelo,  
Que un alma de poeta en raudo vuelo  
La muerte ufana á su Hacedor envía.  
Así de BERRO al escuchar el canto  
Que al réprobo y al triste en sus dolores  
Esperanza y alivio deparaba;  
Vieron mis ojos con amargo llanto  
Ruiseñor que muriendo entre las flores  
Suspiros de pasión al aire daba.

J. RIVERA INDARTE.

Núm. 853 del «Nacional».

---



## ADOLFO BERRO.

---

¡Ay! del que rie del ageno llanto  
Y vé sin pena que el sepulcro encierra  
Jóven lozano!

Yo tambien te perdi! La hojosa palma  
Que crece inmensa sobre yerma arena,  
Brinda el tesoro de su sombra amena  
Como los cielos su apacible calma.

Bajo sus ramas se cobija el bueno  
Cuando la tempestad se precipita:  
Y cuando mas el huracan se agita,  
Siente sin miedo palpitar su seno.

Asi al mirar que repentino rayo  
Rápido estalla y á la palma hiende,  
Yertas sus manos al Eterno tiende,  
Sellado el labio con mortal desmayo.

Por el desierto sus miradas gira,  
El sol cual llamas en el rostro siente;  
El aire empaña su lozana frente,  
Busca la palma, y de dolor suspira!

Así, mi Adolfo, contemplé creciendo,  
A las nubes tu alada inteligencia;  
Y burlando del tiempo la inclemencia,  
Entre las tempestades floreciendo.

Ofrecer con sus alas la bonanza  
A los que han visto con la luz del día  
La torpe mano de fortuna impía  
Ajar hasta el crisol de la esperanza.

Profético enseñarles con tu mano  
El iris bello de tu patrio cielo,  
Y los verdes arbustos que en el suelo  
Crecen burlando el huracán tirano.

Y en medio dellos al mirarte hermoso,  
Cual diamante entre perlas colocado,  
Te miro derrepente arrebatado  
Dejando negro el centro luminoso!

Y en la callada  
Fúnebre fosa  
Poner helada  
Bajo la loza

La frente que encerraba el fuego santo  
De la sublime inspiración del canto! . . . .

Que cras de los escojidos  
Que cuando caen en el suelo  
Han aprendido en el cielo  
Del canto la majestad,

Y que traen en sus oídos,  
Bullendo, las vibraciones  
De las celestes canciones  
Que oye la divinidad.

Y que traen en su cabeza,  
Mezcladas con armonías,  
Las valiosas pedrerías  
De los vates del Señor.  
Joyas de inmensa riqueza,  
Que por los labios asoman  
Y que los hombres las toman  
Sin conocer su valor.

Pero al traer de los cielos  
El gérmen de poesía,  
De triste melancolia  
Trajiste el gérmen también.  
Que es el poeta en los suelos  
Lo que una lámpara bella:  
Lumbre su frente destella  
Y hay una sombra á su pié.

Lo tumba Dios en el mundo  
Sin denso velo en los ojos,  
Y el mundo tan solo abrojos  
Le hace en su senda mirar.  
Sigue al destino iracundo  
Siempre á su seña lidiando,  
Y es un bajel batallando  
Con los impetus del mar.

Así, mi Adolfo, tus versos  
Si eran gotas de licores,  
Perfumados con las flores  
De tu rica fantasía:  
También tus días adversos  
En ellas se reflejaban,  
Cuando hasta el alma llegaban  
Del que apurarlas quería.

Así, al mirar de tu vida  
La joven llama espirando  
Y lentamente llegando  
Tranquila á la eternidad,  
Sin duda viste florida  
La copa de tu amargura,  
Y en ella la esencia pura  
De eterna felicidad!

Y viste entre nubes de oro  
Rico alcázar esplendente  
Y una corona en tu frente  
Con las palmas del Señor.  
Y viste el excelso coro  
Que sobre estrellas camina,  
Poner en tu arpa divina  
Verde corona de amor.

Y tus labios desplegando  
Con una leve sonrisa,  
Como una fragante brisa  
Tu alma del pecho salió!....

Fragante—que palpitando  
Cuando reinaba en tu vida,  
Era un ámbar escondida  
Dentro el caliz de una flor.

Así, poeta, al decretar tu muerte  
La poderosa mano que derrumba  
Como á la débil flor la fuerte encina,  
Arrojó chispas de su luz divina  
Ay! en el hueco de tu yerta tumba.

Y al colocarte en su callado seno  
Para cubrir con mármoles tu fosa,  
Miraste todo en derredor luciente  
Y que una llama de tu virgen frente  
Calentaba las letras de tu loza.

Descansa en ella—La mansion del bueno  
Es la tumba no mas. El Dios bondoso  
Ya recojió tu espíritu en sus manos,  
Y el blando corazon de tus hermanos  
Es el albe-gue de tu nombre hermoso.

El tembloroso suelo en que viviste  
Si brota pechos como yerto acero,  
Otros tambien sensibles fecundiza....  
A orillas del Vesubio, entre ceniza,  
Crece la vid y el verde naranjero.

J. MARMOL.

Octubre 2 de 1844.

Núm. 855 del «Nacional».



# A LA MEMORIA

DE LA EXCELENTE NIÑA

**MERCEDES ANTUÑA**

y del joven poeta

**ADOLFO BERRO.**

---

Flébiles ecos que en el alma sueñen  
Lauze enlutada la doliente lira,  
Y el triste labio modulando penas  
Trémulo gima.

Lloras, y al cielo funeral plegaria,  
Y hondo lamento con dolor envías,  
Misera patria . . . Tan acerbo duelo  
Quien lo motiva?

Vates ilustres en laud sonoro  
Himnos llorosos entonar se miran,  
Siendo sus cantos de amargura llenos,  
Copas de acibar

Entre las tumbas, vacilante y sola,  
Tú de la muerte la mansion visitas,  
Y en dos sepuleros que con ánsia abrasas  
Gimes aflicta.

Ora el motivo de tu amargo lloro  
De esos sepuleros la inscripcion publica,  
He alli dos seres que en tu honor brillaron,  
Polvo y ceniza!

Dulce Mercedes, candorosa virjen,  
Sífide amable de pudor ceñida,  
Yace entre sombras, marchitado lirio,  
Luz que no brilla.

Nombre inefable que halagaba al alma  
Y es *de bondades misteriosa cifra*,  
Hoy le pronuncian. . . y al materno pecho  
Rasga la herida.

Vibra la parca su segur, y al verla,  
Cierra los ojos, de dolor movida,  
Y sufre el ángel de inseguro golpe  
Larga agonía.

Mas ay ¡tú gimes; la vecina tumba  
Tambien, oh patria, sollozando miras,  
El mármol besas y á tu caro Adolfo  
No reanimas !

Deuda es sagrada que angustiada llores  
Y en dos recuerdos tu dolor divides,  
Allí, la parca, de tu dulce vate  
Rompe la lira.

Triste memoria que do quier me sigues,  
Y eres del pecho dolorosa espina,  
Tú á un mismo tiempo mi dolor renuevas .  
Y me lo alivias.

Dos esperanzas de inocencia y gloria,  
Bárbara muerte, con rigor disipas!  
Palma y violeta . . . de ilusiones de oro  
Frágil enigma.

Bardo de Oriente, la celeste llama  
De excelso genio, con ardor seguia,  
Que era en su mente, derramando luces,  
Fúljida pira.

En pró del débil, juvenil poeta,  
Blanda y sociable su mision cumplia,  
Nunca su plectro disonó, exalando  
Torpe diatriba.

Ora en defensa del opreso esclavo,  
El anatema con ardor fulmina,  
Ora en la llaga de infeliz mendigo  
Bálsamo aplica.

Mira en su verso la banal ramera  
Hórrida imájen, que terror le inspira,  
Y huye del vicio, do engañoso halago  
Pérfido habita.

Lámpara exausta, que muriendo arroja  
Trémulos rayos que su lumbre avivan,  
Tal, en sus ansias, el doliente vate  
Pulsa la lira.

Cisne canoro, presajiaudo muerte,  
Alza su canto y angustioso trina;  
Eco solemne que del hondo pecho  
Hiere la fibra.

Eco del cielo, **divinal preludio**  
Del sacro **hosauna** que su mente agita.  
Y ora ante el trono de la luz repite  
Su arpa divina.

Oh Dios inmenso, si tu gloria ensalzan  
Altos querubes de mayor valía,  
Cómo, dos seres que á la patria adornan  
Sordo le quitas?

Mas, oh, perdona! . . . maldicion al hombre  
Que tus arcanos indagar medita;  
Ellos te aclamen, y su dulce canto  
Calme tus iras.

FRANCISCO A. DE FIGUEROA.

Núm. 857 del *Nacional*.

---

**POESÍAS DE ADOLFO BERRO.**



## PRÓLOGO DEL AUTOR.

---

Animado por mis amigos, llevado de una estremada afición á la poesía, he hecho versos. Ellos me han valido elogios que, si bien exagerados, los creo sinceros. De hoy en adelante mi vocación á este género de literatura está decidida. ¿Pero cuántos sinsabores me acarreará? ¿Y qué importa?

No tengo sistema literario: para mí las cualidades de toda buena poesía deben ser — moralidad en el fondo y fin que el poeta se proponga: sencillez y elegancia en las formas.

Estos son los principios que he tenido presentes hasta ahora en mis composiciones. ¡Ojala hubieran alcanzado completo éxito mis esfuerzos!

Mayo de 1840.

---



## EL AZAHAR \*



Flor sencilla á cuya vida  
Breves horas marca el Cielo,  
Para imagen en el suelo  
Del contento mundanal.

Es tu aroma regalado  
A mi espíritu doliente  
Cual de virgen inocente  
El cercano respirar.

Tiernas hojas nacaradas  
Te dió grata la natura  
Y á tu cáliz la amargura  
De las hieles del amor.

En su negra cabellera  
La hermosura te ensortija,  
O tu trono alegre fija  
En sus lábios de rubi.

En tí encuentra blando alivio  
El ausente que padece,  
Tu belleza se le ofrece  
La que su alma cautivó.

Y mirándote arrobado  
Mil recuerdos en su mente  
Se despiertan blandamente:  
¡Mil recuerdos de placer!

¡Cuántas veces mis temores  
Flor querida, disipaste!  
¡Cuántas veces mitigaste  
De mi amada la esquivéz!

Hoy de nuevo la esperanza  
En tí el alma deposita,  
¡La esperanza! que marchita  
Veré luego con la flor.

Noviembre de 1839.

## EL ESCLAVO \*



De luna que espira la luz macilenta  
Las vías aclara del ancha ciudad;  
Silencio, do quiera, la noche sustenta,  
Y al sueño se libran virtud y maldad.

En tanto á la puerta de humana morada  
Un hombre infelice se mira llorar;  
Sus ojos que brillan en faz atezada  
Parecen del Cielo justicia implorar.

¡Ay misero, esclama, con flébil acento,  
De aquel á quien roba destino fatal  
Amigos y deudos, en solo un momento,  
Y lejos arroja del suelo natal !

Sus lágrimas corren ardientes, en vano,  
Y en vano con ellas procura mover,  
Que el blanco no mira con ojos de hermano  
Al triste á quien negro le cupo nacer.



Nada queda á mi existencia  
Arrojada con violencia  
A esta tierra de dolor.  
El recuerdo me devora  
Que me dice á toda hora  
Soy esclavo y fui señor.

Como sigue al condenado  
Del verdugo ensangrentado  
Fiera imagen ideal,  
Que acrecienta los tormentos  
De sus últimos momentos  
En la vida terrenal.

Así acosa al Africano  
El aspecto del tirano  
Que cautivo le llamó  
Y que injusto le condena  
A arrastrar servil cadena  
De que el Cielo le eximió.

¡Pobre negro! tus pesares  
Se redoblan á millares  
En la torpe esclavitud:  
Que tu bárbaro destino  
Es llorar y de continuo  
Ver abierto el ataúd.



¡Porqué un alma noble me dieras ¡oh Cielo!  
Si liga coyunda mi fuerte cerviz,  
Si miro do quiera mil rostros de hielo  
Y escucho palabras de muerte, ¡infeliz!

Iguales nos hizo la mano invisible  
Del Dios sempiterno de paz y de amor,  
Y en todos la llama prendió inextinguible,  
Destello sublime del almo Señor.

En nave soberbia al Africa ardiente  
El blanco codicia llevara y maldad,  
Cautivo al inerme condujo insolente  
Violando las leyes de santa igualdad.

Hundirle en sus aguas al mar no le plugo  
Que senda espaciosa tranquilas le dán,  
Y al negro condenan á bárbaro yugo,  
A vida infecunda de mísero afán.



Escucha la plegaria  
¡Oh padre de natura!  
Que en llanto y amargura  
Eleva el alma á ti.  
Destroza con tu soplo,  
Que abate las naciones,  
Las bárbaras prisiones  
Del hombre de color.

Celebran tu justicia  
En coros reverentes  
Mil pueblos diferentes  
Del Sur al Setentrion.  
¿Y solo tus miradas  
No alcanza el africano?  
Le apartas de tu mano,  
Le libras al dolor?

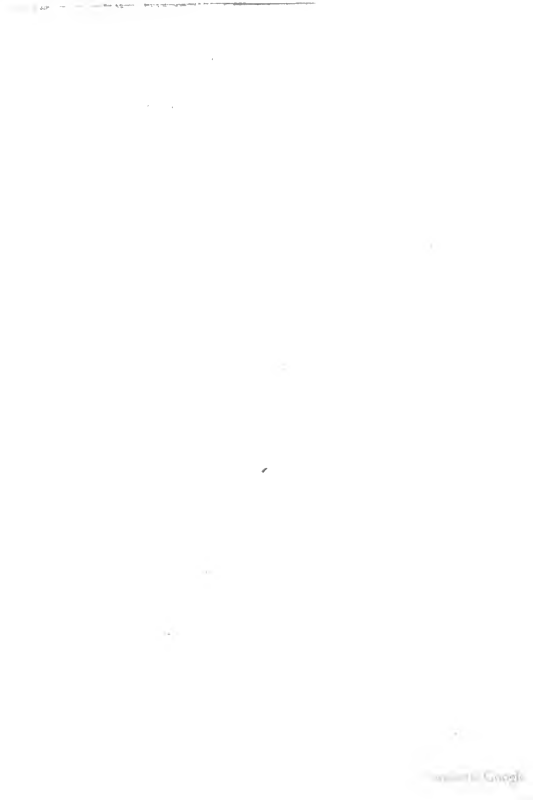
Reservas al que ofende  
La vida de tu hechura  
Tras larga desventura  
La muerte de Cain:  
Y el blanco, que en cruz  
Excede al tigre fiero,  
¿Tu rayo justiciero,  
Señor, no alcanzará?

Escucha la plegaria,  
¡Oh Padre de natura!  
Que en llanto y amargura  
Eleva el alma á ti.

Destroza con tu soplo,  
Que abate las naciones,  
Las bárbaras prisiones  
Del hombre de color.

Diciembre de 1839.





## A D. ESTEBAN ECHEVERRIA



Pues no cese, poeta soberano,  
Son tan dulce y subido.....

MELENDEZ.

### I.

Pulsa, poeta, tu enlutada lira:  
Canta y resuene tu acordado acento  
Cual coro celestial;  
La muerte, entonces, que feroz te mira,  
Veloce de tu rostro macilento  
La vista apartará.

Canta, que el Cielo te marcó en la frente  
Para llenar en terrenal morada  
Poética mision;  
Y te dió la aureola refulgente  
Del divino Querub, predestinada  
Al génio creador.

II.

Cuando por vez primera en mis oídos  
Sonará melodioso  
Tu canto doloroso,  
Violento se agitó mi corazón:  
En lágrimas ardientes se empapára  
Mi pálido semblante,  
Y el lábio palpitante  
Rompió en voces de intensa admiración.

El vuelo arrebatado de tu mente  
Mi espíritu seguía,  
Y absorto te veía  
Luchar con espantosa realidad;  
Y en las puras regiones ideales,  
El alma con anhelo,  
Correr tras el consuelo  
Que negó á tu penar la sociedad.

Mas qué importa, poeta peregrino,  
Aqueje tu existencia  
La bárbara dolencia  
Que te arrastra á la puerta sepulcral;

Si en elevado acento te fué dado  
Cantar cuanto atesora  
De ocaso hasta la aurora  
En su seno natura misterial?

Acá en mi mustia frente, de Maria  
Aun vive la memoria,  
Y aquella hermosa historia (1)  
De su pura y fatidica pasion.  
Y del indio la tribu que recorre,  
Cual nube pasajera,  
En rápida carrera  
Del yermo inhabitable la estension.

Graba, ¡oh poeta! tu pensar intenso  
En blancas hojas que creó del hombre  
El arte sin igual;  
Y desde el Plata, de poder inmenso,  
Al rico Tajo, de eternal renombre,  
Tu verso sonará:

Mientras en el suelo que nacer me viera  
Y que circundan escarpadas rocas  
Y un monte litoral,  
La mente falta de inmortal lumbrera,  
Oscura, y llena de esperanzas locas,  
Mi vida pasará.

Enero de 1840.

(1) La Cautiya, poema de Echeverría.





## LA EXPOSITA \*

Sírpe misera d' Adamo  
Numerar chi può tuoi pianti?

PELLICO.

### I.

Niña primorosa  
De los ojos negros,  
Del cabello en trenzas  
Del eburneo cuello;  
¿Por qué late ansioso  
Tu velado seno  
Y con llanto inundas  
Ese rostro tierno?

¿Un aleve, acaso,  
Con mentido fuego  
Te burló inclemente,  
Te robó el contento?  
Lloras, por ventura,  
De cercano deudo  
La enfadosa ausencia  
O el destino fiero?  
Tal vez....mas acrece  
Sin tasa, tu duelo....  
—«Soy huérfana, dices,  
Amparo no tengo.»

II.

Llora, niña sin ventura,  
Que eres hija de la impura  
Maldecida seduccion:  
Los que al mundo te arrojaron  
Por herencia te legaron  
La pobreza....y un borron.

Torpe fué la madre fiera  
Que la dicha hallar creyera  
Separada de tu faz:  
Que no dá con fácil mano  
El Señor al inhumano  
Largas horas de solaz.

Eras prueba de la culpa  
Que, sabida, no disculpa  
La manchada sociedad:

Y apagóse en el momento  
El materno sentimiento,  
Y triunfó la vanidad.

¡Arrojarte así á la vida  
Tan hermosa y desvalida  
En un mundo corruptor!  
¡Y acallar á la conciencia  
Desterrando tu presencia,  
Para hundirte en el dolor!

Tú no tienes, inocente,  
Quien te mire blandamente,  
Quien se duela de tu mal;  
Nadie asila tu pobreza,  
Ni reposa tu cabeza  
En el halda maternal.

Infelice! vuelve al cielo  
Tus plegarias, y consuelo  
Déte el Dios de caridad.  
Que eres virgen blanda y pura,  
Y á la casta criatura  
El ampara en la horfandad.

### III.

Exala tu dolor arrodillada  
A los pies de esa cruz ensangrentada  
Que levantó rabioso el descreído,

Cuando á Jesus, el hijo de Dios bueno,  
Jerusalem, con ciego desenfreno,  
Enclavó en el madero bendecido.

Demanda al Redentor del mundo impío  
Preserve tu existir del extravío  
Que derrumba de Adán la descendencia:  
Ruégale, por la madre lacrimosa,  
Te aliente en esta vida tormentosa  
Do fallece la débil inocencia.

Oremos: yo á tu lado virgen pura,  
Elevaré mis ruegos con tristura  
Al que tres veces Santo el mundo aclama,  
Y maldiga su voz omnipotente  
A quien vé en el dolor al inocente  
Sin enjugar el llanto que derrama.

Febrero de 1840.



## A LA MUERTE



En vano, cruda muerte,  
En mí tu zaña apuras:  
Si están mis manos puras  
¿Qué mal podré temer?

La llama que á mi mente  
Dió un día el alto cielo  
No esperes en el suelo  
Tirana oscurecer.

El présago sonido  
Que exalas de tu boca  
Espante al que provoca  
La lid de maldicion.

Espante al que su patria  
Sujeta á vil coyunda,  
Y en crímenes se inunda  
De atroz recordacion.

Espante al que seduce  
La cándida belleza,  
Y en llanto ó impureza  
La mira sin horror.

Espante al que á su hermano  
Conduce en cautiverio,  
O lleva el adulterio  
Al lecho del amor.

Si yo de paz proclamo  
Las leyes á porfia,  
Si odió la tiranía  
Y al hombre desleal:

Si miro un nuevo hermano  
De Dios en cada hechura:  
Si en mí la desventura  
Consuelo halló vital.

¿Porqué, sangrienta muerte,  
Tu zafia me persigue?

¿El que inocente vive  
Qué mal podrá temer?

La llama que á mi mente  
Dió un día el alto cielo  
No esperes en el suelo  
Tirana oscurecer.

Marzo de 1840.





## EL MENDIGO



Tú, en quien un padre oficioso  
Hasta el vil insecto encuentra,  
Olvidas hoy á tus hijos?  
¿O dejarás que perezca  
Sin pan el pobre?

MELENDEZ—*Tempestad.*

### I.

Las quietas aguas de la mar colora  
El sol naciente, con rojiza luz;  
Rayo despide que en el acto dora  
Del alma Seo la cristiana cruz.

Al pié de torre que elevó el creyente  
Yace el menligo de atristada faz,  
Gravados, ¡ay! sobre su calva frente  
Los hondos surcos del dolor tenaz:

¡Oh sol! esclama con cortado aliento,  
¡Bendito Dios que te arrojó á lucir!  
En presa el alma á sin igual tormento  
Anoche, helado, me sentí morir.

Allá en los años de mi edad lozana  
En blando lecho, sin pesar, dormí;  
En frio mármol mi cabeza cana  
Hoy solo posa, despreciada, aquí.

¡Cuanta miseria! Del amarga copa  
Las heces todas apuré, señor;  
Diez años hace que mi hambrienta boca  
El pan demanda por tu santo amor.

¡Feliz si al menos no pidiese en vano!  
Alivio hallara mi terrible afán;  
Mas no, del hombre, para escarnio, hermauo  
El labio dice, y me deniega el pan.

## II.

Cual grano ligero  
Que al mar el pampero  
Bramando arrojó;

Del mundo olvidada,  
Mi vida anegada  
Se vé en el dolor.

Constante en mi oído  
Escucho el sonido  
De acento infernal,  
Que dice, del crimen  
Estás en el limen,  
¿Por qué vacilar?—

Y en vano consuelo  
Demando—¿en el suelo  
Quien oye mi voz?  
Así en el torrente  
La gota luciente  
Se pierde veloz.

Tal vez.... sí, mañana  
La triste campana  
Por mí doblará;  
Y el hombre enemigo  
¿Qué importa un mendigo?  
Pasando, dirá.

### III.

Y un hombre pasaba: con muestras de duelo  
Oyó al triste anciano su queja exhalar,  
Que vueltos los ojos marchitos al cielo  
Ivivo divino parece esperar.

Piedad de cristiano al ánima pura  
De aquel pasajero, sin duda, tocó:  
¡Ay! cese tu llanto, no mas desventura,  
Diciendo, al mendigo la mano tendió.

Riquezas te faltan, riquezas poseo,  
Y amigos y deudos que tuyos serán;—  
—Oh cielos! Bendiga tan pio deseo  
En tí y en tus hijos de Dios la bondad.

Y nunca, si lloras, te niegue el consuelo  
Que dan al mendigo tus labios de amor—  
Eleva de hinojos entonces al Cielo  
Del Padre potente el himno en loor.

#### IV.

A tí, Dios, tributo  
De amor perdurable .  
Mi ser inefable  
Te vá á consagrar.

Formaste piadoso  
El alma que pura  
Pretende en ventura  
Mi pena trocar.

Al hombre dijiste,  
«Maldita la mano  
Que hiere al hermano  
Con ira brutal:

Bendito quien seca  
Del misero el llanto—  
Le aguarda del santo  
La vida eternal.»

Los orbes en coro  
Su Padre te aclaman;  
Tus manos derraman  
En ellos la fé.

Los ojos te encuentran  
Do quiera, Dios mio—  
Temblando el impío  
Humillase y cree.

La zañá sujetas  
Del mar con tu acento,  
Enciende tu aliento  
Del rayo el furor.

Lo mandas—del mundo,  
Mil pueblos perecen;  
Lo quieres, parecen  
Con nuevo esplendor.

¡Oh Dios! tu clemencia  
Los siglos publican,  
En tí glorifican  
La eterna bondad:

Bendiga tu diestra,  
Señor, al cristiano,  
Y laba al profano  
De toda impiedad.

Marzo de 1840.



## ECOS DE LA VOZ DEL SEÑOR



L'esprit saint me pénètre,  
Il m'échauffe, il m'inspire  
Les grandes vérités que je vais révéler.

J. B. ROUSSEAU.

Envuelto desaparece el sol rojizo  
En nubes de negrura,  
Y se oye con pavora  
El viento en las techumbres rebramar.

Retumba el rudo son del ronco trueno  
Tras rayo desatado;  
Sus aguas, agitado,  
Despeña con fragor el ancho mar.

La voz del que concierta el Universo,  
Con mano fulgurante,  
Al mundo zózobran-  
te  
Habló en medio á la ruda tempestad.

Sus écos á mis labios han pasado;  
En pura santa llama  
El pecho ya se inflama....  
¡Mortales descarriados, escuchad!

En vano, soberbiosos de la tierra,  
Alzáis la impia frente,  
Y al débil, el potente,  
Sepulta de la muerte en la mansion.

En vano en rozagantes vestiduras  
Oculta su impureza  
La réproba belleza  
Abrasada en satánica pasión.

En vano por la senda maldecida  
Del vicio, torpe planta  
Moveis, y la ira Santa  
Olvidais, y de Dios la inmensidad.

El día lucirá de la justicia,  
Y ante el solio fulgente  
Del Padre providente,  
De hinojos, temblará la iniquidad.

De la ignífera trompa retumbante  
Al présago sonido

El mundo conmovido  
Do quiera con espanto se verá.

Retemblarán sus montes jiganteos,  
Sus simas tenebrosas,  
Y en las abiertas fosas  
El frigido esqueleto se alzará.

¡Ay del malvado entonces, del mundano  
Que bebe en copa impura,  
Que misero la apura,  
Y rie del que jime en el dolor!

¡Ay del protervo impío que dijera  
« Mi ley es mi apetito, »  
O niega el infinito  
Poder del almo, eterno creador!

Armado de justicia inexorable,  
A un signo de su mano,  
El bárbaro profano  
Derrumbado al abismo bajará.

Y allí entre fieras llamas incesantes,  
Y angustias infernales  
¡Oh impróvidos mortales!  
Los siglos de los siglos yacerá.

Marzo de 1840.





## EL RUEGO DE UNA MADRE



Jamas negaste tu amparo  
A la inocencia que llora;  
Ay! tú lo puedes, señora.  
Alivia tú su dolor.

ROMA.

En bóveda estrecha  
De negra capilla,  
Al pié de la esposa  
De Dios sin mancilla,  
Mujer enlutada  
Se mira postrada  
De hinojos orar.

Virjen, dice, lacrimosa,  
De Dios padre tan querida,  
Por la sangre que vertida  
Los humanos rescato.

Vuelve á mi tus dulces ojos,  
Ten piedad de quien te implora,  
Que la culpa roedora  
Me consume sin cesar.

¡Yo pequé! Bebí en la copa  
Rebozada de impureza  
Con que brinda á la belleza  
La maldita corrupcion.

Hubo un hombre que en mis labios  
Derramó infernal veneno;  
Yo le abrí mi incauto seno  
Y él. . . ya madre, me dejó.

Mil desprecios me aguardaban  
En un mundo sin clemencia  
Que seduce á la inocencia  
Y se burla de su afán :

Un horrible pensamiento  
Brilló entonces en mi mente;  
Yo di á luz un inocente,  
Y á este templo le arrojé.

¡Hijo mio! El seco labio  
Te dió aquí el adios postrero:

Un quejido lastimero  
De tu boca se exhaló:

¡Ah perdon! de entonces siempre  
Resonando está en mi oído  
Ese lúgubre gemido  
Que me acuerda mi maldad.

¿Te dió amparo algun cristiano?  
¿Vives, hijo, acá en la tierra?  
O tal vez—¡gran Dios!—te encierra  
El abismo del no ser!

¿No me vés hijo del alma,  
No me vés aquí humillada  
A la virgen adorada  
Que me absuelva, demandar?

Torpe madre, impresas llevo  
Del delito las señales;  
Me desprecian los mortales  
Y me aguarda el ataúd.

¡Ah! morir sin esperanza  
De abrazarte en ese Cielo  
De do acaso el desconsuelo  
De tu madre viendo estás!

¡Imposible! que me abrumen  
En el mundo los pesares,  
Que se aumenten á millares....  
Soy indigna de perdon.

Mas ¡oh vírgen ! un instante  
Vuelve á mí tu rostro pio,  
Logre ver al hijo mio,  
Santa Madre de Jesus.

Abril de 1840.



## AL JAZMIN



¡Oh! en pura nieve y púrpura bañado  
Jazmin, gloria y honor del seco Estío.

RIOJA.

Blanca flor que en la mañana,  
Empapada del rocío, \*  
Das consuelo al pecho mío  
Con tu aroma sin igual :

Vida tienes en la rama,  
Cual mis dichas, un momento ;  
Que marchitas, al aliento  
Ceden luego del pesar.

Culto rinden á tu imperio  
Las mosquetas y las rosas ;  
Que te ponen las hermosas  
Para ornato allá en su sien.

En el llanto te formaste  
De una virgen sin ventura  
Que del alma la amargura  
Dió á tu caliz al nacer.

Cuando cesa en alta noche  
De los hombres el murmullo  
Abre luego tu capullo  
Matizado de arrebol.

Y al brillar la luz serena  
De la aurora apetedida  
En tí encuentra nueva vida  
El inquieto picaflor.

Dió á tus hojas la natura  
El color de la esperanza,  
Que tu aroma solo alcanza  
Doblegar á la esquivéz.

Yo te ví en el puro seno  
De quien causa mis dolores—  
La mas bella entre las flores  
Desde entonces te llamé:

De la cruz que mi sepulcro  
Marque al pio viandante

No te apártes un instante  
Aromático jazmín.

Al mirarte así enlazado,  
Pensativa y lacrimosa,  
Dirá acaso alguna hermosa:  
« Fué poeta é infeliz. »

Abril de 1840.





## EL MORIBUNDO



### CANCION

Dulce virgen, que al mundo naciste  
Para hacer mi ventura en el suelo,  
Hoy que el alma demanda consuelo  
¿Por qué, Laura, no escucho tu voz?  
Si á morir en tu ausencia, bien mio,  
Me condena el Señor irritado,  
Llegue, al menos, en llanto mezclado  
A tu oído mi lúgubre adios.

De la vida el hechizo inefable  
Ya destroza dolencia inclemente :  
En delirio abrasada la mente  
Ve terribles fantasmas cruzar.  
Una voz, del infierno nacida,  
« Ciego, dice, murió tu esperanza ;  
El poder del humano no alcanza  
A librarte del hado fatal. »

Mezcla airada la muerte mis dichas  
Al licor de su copa sangrienta,  
Y su lívida mano presenta  
El veneno que es fuerza apurar.  
¡ Ah ! tú solo, bien mío, la calma  
Volver puedes al pecho angustiado.  
¿ Por qué tardas ? Tal vez ya borrado  
De tu seno mi amor estará.

Moriré como lirio en el yermo  
Que deshoja sañudo pampero,  
Y en mis labios el ¡ ay ! postrimero  
Será, Laura, un suspiro de amor.  
Cuando suene, en la tarde serena,  
La campana que á orar nos convida;  
Por mí eleva plegaria sentida  
A la esposa del alma Señor.

Abril de 1840.



## LA VIRJEN BAÑÁNDOSE



Non creo las rosas  
De la primavera  
Sean tan hermosas.

SANTILLANA.

Sobre la playa estendida  
El mar sus ondas desliza,  
Y en la arena movediza  
Templa el ímpetu fugaz.

Riela en las verdes aguas  
Del sol la luz placentera:  
Cruza en tanto la ribera  
Doncella de blanca tez.

No es mas hermosa en el Cielo  
De amor la fúlgida estrella:  
No el azahar que descuella  
En el florido jardín.

Sueltos los cabellos viene,  
Desnudo el pié torneado,  
Y el albo cuerpo velado  
En rozagante cendal.

Sin duda quiere en las aguas  
Templar el ardor de Enero,  
Por eso al rayo primero  
Dejára el paterno hogar.

Llega á la orilla y se pára,  
Que frio el líquido siente;  
Córtale luego impaciente  
Como veloce alcion.

Mirábala yo embebido  
Perderse en alegre juego,  
Y sobre las aguas luego  
Húmedo el cuello mostrar.

Dichoso el mortal, la dije,  
Que amor encuentre en tus ojos:  
Disiparás sus enojos,  
Como las nieblas el sol.

Vivir en la tierra ingrata  
De un angel de paz al lado,

Para, en su seno, arrullado,  
Dormir, exento de afán :

Beber el hálito suave  
Que exhala inocente boca,  
Cuando el halago provoca  
Con sus palabras de amor :

Mirar el rostro sereno  
Contino de la hermosura  
Que á ser del hombre ventura,  
Predestinada nació :

El porvenir es, sin duda,  
Que aguarda, niña hechicera,  
A quien la diestra sincera  
De virgen esposa dés.

Mas ¡ay! si á lazos profanos  
Sujetas el débil cuello,  
Verás, cual vano destello,  
Nacer la dicha y morir

Que amarga pena se abriga  
Por siempre, niña, en el pecho,  
Si cae una vez deshecho  
Muro que alzára el pudor.

Huye del hombre engañoso  
Las seductoras miradas,  
Que van en ellas mezcladas  
Venturas y perdicion.

Así la rosa, que aromas  
Esparce en el prado ameno,  
Perece si el tierno seno  
Hieren los rayos del sol.

Déja las aguas, incauta,  
Vuelve á tu pobre morada,  
Y allí, del mundo olvidada,  
Amor y dicha hallarás.

Crece en el bosque sombrío  
La ruborosa violeta,  
Y nunca mano indiscreta,  
La roba al suelo feliz.

Mayo 31 de 1840.



## A MI LIRA



Cándida lira, que con tierno anhelo  
Del alma templas el cruel dolor:  
Calla, pues vuela tu fugaz consuelo  
Cual hoja leve que huracan alzó.

¿Qué importa, dime, que en el pecho mio  
Bálsamo vierta tu apacible son,  
Si eternos viven en el mundo impío  
Los fieros males que lloró mi voz?

¿No vés al negro en cautiverio aciago  
Inerme presa de señor brutal?  
¿No vés cual abre á seductor halago  
Su incauto seno la infeliz beldad?

¿No vés lanzada del materno lecho,  
Cual tierna rosa á la corriente audaz,  
Párvula al mundo, que en ageno techo  
Amor, en vano, buscará y solaz?

En lid nefanda la sangrienta dicstra  
El pecho rasga del hermano ¡oh Dios!  
Y casta esposa los joyeles muestra  
Que á las vencidas arrancó su amor.

Tal vez en medio á la hermanal pelca  
Vate profano pulsará el laud,  
Y tinto en sangre, que caliente humea,  
Dirá al terrible triunfador « ¡salud! »

« Vencidos huyen por el llano y sierra  
Esos que osaron tu poder burlar:  
Amo te aclame la postrada tierra,  
Ardan inciensos en el patrio altar. »

Tú sola sabes, solitaria lira,  
Herir las auras con doliente son,  
Mas no apagar del vencedor la ira  
Huellas dejando de piedad y amor.

¿Qué importa, dime, que del pecho mío  
Templen tus ecos el cruel dolor,  
Si eternos viven en el mundo impio  
Los fieros males que lloró mi voz?

Junio de 1840.





## LA RAMERA



### I.

Tierna muger que la lozana frente  
Graciosa eleva de carmin teñida,  
Suelto el cabello que feliz descende  
Al albo seno do el placer se anida,

En danza alegre, sobre alfombra roja,  
El pié ligero, como el aura, mueve;  
Gota luciente sus mejillas moja  
Que blanco lino en el instante bebe.

Mil lazos forman en voluble juego  
Sus altos brazos con primor velados,  
Mientras ardiendo en revoltoso fuego  
Las ojos giran, por amor formados.

Cual vaga nube que sus alas tiende  
Sobre las aguas, á la luz primera,  
Vuela la veste que en el talle prende  
Con jalde broche, de gentil manera.

II.

Imágen de los seres que la mente  
Del poeta adormido vé en la esfera,  
¿Quien eres, di, mujer resplandeciente?  
¿Un angel? no, ¡gran Dios!—una ramera.

¡Ramera! nombre execrado  
Que nacido en la torpeza  
Es baldon de la belleza  
Que le lleva por su mal.

Nombre de halago y misterio  
De perdicion y ventura  
Que muere en la desventura  
Como el arista en la mar.

¿Y tú le llevas, hermosa,  
Cual reluciente diadema,  
Riendo de ese anatema  
Que la sociedad le echó?

¿No lloras, mujer, no lloras  
Cuando pasando altanera  
La esposa dice ¡ramera!  
Trémulo el lábio de horror?

¿No lloras, cuando á tu rostro,  
Do nieve y rosa atesoras,  
Ves cual marchitan las horas  
Que pasas en embriaguez?

¿No tiembles cuando procuras  
Rasgar el espeso velo  
Del porvenir; y tu anhelo  
Desprecios, miserias vé?

¡Terrible, cierto, es en medio  
De la festiva velada  
Oír esa voz helada  
Que marca el tiempo que fué!

Terrible tras danza loca  
Dormir en lecho de amores  
Y despertar en dolores  
En la horfandad y vejez!

¿Y ries, y herido el suelo  
Bajo tus plantas retumba,  
Ramera, mientras derrumba  
Su carro el tiempo veloz?

En vano hermosa te ostentas,  
En vano en gozo te bañas,

Que abrigan hiel tus entrañas,  
Veneno tu corazon.

¡Ay! ese cuerpo elegante  
Que adornas con tanto anhelo  
Pronto despojo del suelo,  
Será un objeto de horror;

Y en infernales orgias  
Tu cráneo hueco y maldito  
Copa será del precito  
Do beba negro licor.

III.

Deja, loca muger, la danza impura ;  
Arroja tanta gala mundana!,  
Y en vez de la brillante vestidura  
Toma de penitencia ancho sayal.

Desecha los deseos que se abrigan  
En tu seno, que vele ya el pudor :  
Rompe esos torpes lazos que te ligan  
Cual parásita hiedra á tierna flor.

Elévense tus preces ejemplares  
Al Dios que « la luz sea, » dijo, y fué :  
Arrójate á los piés de sus altares  
Y esclama en mar de llanto ¡yo pequé!

Vuela, que un solo instante de tardanza  
Las sendas de salud te cerrará:  
Y do buscaba aliento tu esperanza  
Reprobacion eterna encontrará.

Junio de 1840.





## A UNA ESTRELLA



Le jour fuit, la nuit tombe, et ses ombres glacées  
Ajoutent leur tristesse à mes tristes pensées.

Mme. TASTU.

Pálida estrella que mi frente hieres  
Con luz escasa, mientras en blando lecho  
Busco á los males que mi ser devoran

Bálsamo en vano :

¿Por qué te ostentas solitaria en medio  
Del negro manto que la noche tiende,  
Pábulo dando á las que abriga el alma

Locas ideas ?

¿Eres la virgen del amor primero,  
La casta virgen, que en el lábio puso  
Trémulo beso, y á mi fé robára  
Lívida muerte?

¿Eres el ángel que en mi guarda vela,  
Y ansiosa vienes á calmar la mente  
Secando el lloro que arrancó á mis ojos  
Mundo engañoso?

Querub, acaso, del celeste coro,  
De allí te apartas para dar consuelo  
Al que en estrecha y solitaria carcel  
Misero gime.

Tal vez al hombre que del suelo patrio  
Lejos arroja su infeliz destino  
Traes en tu lumbre de perdidos bienes  
Grato recuerdo.

En tí la imagen de la amante esposa,  
En tí la faz del adormido hijuelo,  
O el rostro amigo de la anciana madre  
Plácido mira.

Al nauta guías, que los mares hiende,  
Al indio rudo, que el desierto corre,  
Y al verte augura bonancible día  
Yerto el mendigo.

Mas ¡ay! velada por opacas nubes  
Tu luz perece, macilenta estrella,

Y el pecho mio, que do quier te busca,  
Présago late.

Ingratas voces que al oído llegan  
Astro te dicen de mi fragil vida,  
Que mustia brilla, y el sepulcro espera  
Luego en su seno.

junio 17 de 1840.





## A UNA MADRE ADORMECIENDO A SU HIJO



¿Por qué, madre donosa,  
Quieres, con duro ceño,  
Del blando niño, que en tus aldas posa,  
Los dulces ojos entregar al sueño?

Deja, deja que abrigue  
La ternezuela mano  
En tu albo seno, y tus cabellos ligue,  
Y al hombro luego los estienda ufano.

Deja que al rostro llegue  
Con su rosada boca,  
Y un beso ponga en el hoyuelo breve  
De tu mejilla, que su amor provoca.

Deja, deja que ría  
Y entone alegre canto  
Que el mundo ingrato arrancará algún día  
¡Ay! á sus ojos doloroso llanto.



Como tras largo vuelo  
Por la pradera hojosa  
Duerme en purpurea rosa  
Inquieto picaflor.

Tu niño así, del juego  
Rendido á la fatiga,  
Halle en el halda amiga  
Benéfico sopor.

Ajiten, si le arrullas  
Con plácidas canciones,  
Mil gratas emociones  
Tu seno maternal.

Goza, mujer querida,  
En su dormir, exento  
Del roedor tormento  
De una pasión tenaz:

Goza, pues rauda llega  
La adolescencia impura  
Trocando en amargura  
Los días de placer.

Madre amorosa entonces,  
Con lacrimoso ruego,  
Apagarás el fuego  
En que se sienta arder.

Y, con halago blando,  
Volver harás al alma  
La apetecida calma  
Que por su mal perdió.

Y de tu lábio ansioso,  
Por la razón movido,  
Escuchará su oído  
Materna reprensión.



Dile, dile que á la mente  
No dió el Cielo vanamente  
Esa llama divinal.

Que ella rija sus acciones  
Y combata las pasiones  
Del espíritu del mal.

Que, cual río cristalino  
Que siguiendo su camino  
Dá en el lago encantador.

Van las almas virtuosas  
Por senderos de mimosas  
Donde mora el creador.

Mas si bebe enagenado  
En la copa del malvado  
Beberá su perdicion.

Y hallará siguiendo el vicio  
Un tremendo precipicio  
Do está escrito « maldicion. »

Dile ¡ oh madre ! que en la vida  
Siempre estamos de partida  
Para un mundo misterial.

Y es terrible aquel momento  
Si de crímenes exento  
No está el pecho del mortal.

Julio 1.º de 1840.



## RECUERDO

ESCRITO EN EL ALBUM DE....



Oye el canto que te envía  
Tu rendido trovador.

Основа.

Como lozano se ostenta  
Lirio que abraza el Estío,  
Si gota de albo rocío  
Su cáliz llega á empapar:

Y esparce aromas suaves  
Por la esmaltada pradera,  
Cuando arrebola la esfera  
Naciente rayo de sol :

Así la voz cariñosa  
De la mujer en el suelo  
Vierte inefable consuelo  
Sobre el poeta infeliz.

Y entonces, si ella lo quiere,  
Entona el canto olvidado,  
Y admira el mundo arrobado  
Su melodioso laud.

¡ Feliz, si en móvil arena  
Su pensamiento no escribe !  
¡ Feliz, si en premio recibe  
Solo un suspiro . . . no mas !

Escucha, pues, los acentos  
Que tú me inspiras, Maria,  
Y quiera el Cielo armonía  
Dar á mi lira esta vez.

La noche tiende su manto,  
Brama en los techos el viento ;  
Tan solo mi pensamiento,  
Hermosa, vela por ti.

Tú en blando lecho, sin duda,  
Yaces, cubriendo tu cuello,

En ondas mil el cabello  
Que al hombro baja gentil.

Velado en blancos cendales  
Suave respira tu seno:  
¡ Ah! ¡ nunca ingrato veneno  
Le haga latir mas veloz!

Tú sueñas dulces caricias,  
Danzas y alegres festines;  
¿ No vés tambien serafines  
Que besan tu tierno pié?

Tus sueños, virgen, tranquilos  
Serán, cual mansa corriente  
Que va á perderse en la fuente,  
Bañando, al paso, la flor.

Exentas corran, María,  
Tus horas de sinsabores:  
Bendiga Dios tus amores  
Y al que tu llares « mi bien. »

Cuando al altar te conduzca  
De aquel que pena y perdona,  
Yo te daré una corona  
De bien oliente azahar.

Y cuando ponga en tus lábios  
De esposo el beso primero,  
Diré de nuevo sincero  
« — Hermosa, vive feliz. »

Julio 11 de 1840.

THE  
LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF MODERN ART  
1000 MUSEUM AVENUE  
NEW YORK, N. Y. 10028

## ESPERA A ORILLAS DEL MAR



Ven, muger, á mis ojos, mas hermosa  
Que en la mañana purpurina rosa  
Ornato del jardin:  
Pura como Maria  
Que el Gólgota vió un dia  
Verter llanto sin fin.

Ven, que reina la noche, y la rivera  
Con mustia luz alumbra en su carrera  
La luna virginal:

Ven y aspira el ambiente  
Que circunda mi frente  
A orillas de la mar.

Todo al sueño se entrega sin temores :  
Nadie perturbará nuestros amores  
Al pálido destello:  
Y en tu seno, bien mio,  
Se enjugará el rocío  
Que moja mi cabello.

Llega, pues, que sin ti todo en el suelo  
Ofrece solo imágenes de duelo  
Al alma combatida:  
Y solo en tu presencia  
Recobra mi existencia  
La paz apetecida.



Deja, hermosa, el blando lecho  
Do no encuentras dicha alguna ;  
Es mas dulce aquí en mi pecho  
Reposar, mientras la luna  
Se refleja en blanco techo.

¿Qué placer mas acabado  
Puede darse en este suelo  
Que mirar á su adorado  
Bajo puro y vago cielo  
En amores abrasado?

¿Qué mayor contentamiento  
Que, cruzando la rivera,  
Escuchar el dulce acento  
Del que prueba ya el tormento  
Que dá amor á quien espera?

¿Mas descados los sonidos  
De la danza, siempre impura,  
Son talvez á tus oídos  
Que del pecho los latidos  
Cuando colmas mi ventura?

¿Por que, pues, con loco anhelo,  
Do te llama la velada  
Vas corriendo engalanada,  
Y hoy olvidas que yo velo  
En la orilla despoblada?

Ven, ingrata, á esta rivera,  
Sin joyeles, desceñida  
Tu flotante cabellera,  
Y aun serás mas hechicera  
Que la aurora á su salida.

Aquí crecen blandamente  
Nacaradas bellas flores,  
Esperando solamente  
Para dar suaves flores  
Que las ponga yo en tu frente.

Todo aquí al amor provoca,  
Todo, amor está diciendo;

Llega, hermosa, que tu boca  
Lo repita al ronco estruendo  
De las aguas en la roca.

Julio 30 de 1840.



## UNA MUJER EN LA TUMBA

AL SEÑOR D. MELCHOR PACHECO Y OBES.



Hélas ! que j'en ai vu mourir de jeunes filles !  
C'est le destin. Il faut une proie au trépas.

VICTOR HUGO.

Yace por siempre helada  
Dentro ataud profundo  
Una mujer manchada  
Que el Hacedor del mundo  
Tornó en arcilla, en nada.

Luz funeraria, vierte  
Mustio, fugaz destello  
Sobre el rostro inerte  
Que de lozano y bello  
Fiero paró la muerte.

Nadie eficaz consuelo  
Dióle con labio amante  
Ni mitigó su duelo  
En el terrible instante  
De abandonar el suelo.

Nadie doliente llora  
Sobre su faz marchita ;  
Ni la piedad implora  
En oracion contrita  
Del Dios que el justo adora.

Que en ese enjuto seno  
Se aposentaba el crimen,  
Desque al rubor ageno  
Pudo salvar el limen  
Que lleva al desenfreno,

Fué su ventura gota  
De matinal rocío  
Que rudo viento azota,  
O que ferviente estio  
Con seco rayo agota.

Mientras creciera oscura  
Bajo el paterno techo

Nunca pasión impura  
Hizo latir su pecho  
Con desigual presura.

La vanidad maldita  
Echóla luego al mundo  
Que la inocencia incita  
Para que el vicio inmundo  
Deje su huella inscrita.

¡Ay! la que amada prenda  
Era del padre anciano  
Dando al deseo rienda  
Hizo en altar profano  
De su pureza ofrenda.

Por el salaz camino  
Corrió con suelta planta,  
Pimpollo purpurino  
Que insecto vil quebranta  
Y arrastra el torbellino.

¡Cuanta ventura insana,  
Cuanto pesar impio  
Abrigó en el alma vana  
De ese cadáver frío  
Que fetidez emana!

¿Y esa, gran Dios, la hermosa  
Es que brilló en el suelo,  
Cual loca mariposa  
Que remontando el vuelo  
Cae en la mar undosa?

Si: que á la diestra fuerte  
Del Hacedor del mundo,  
El alma mia advierte,  
En ese cuerpo inmundo  
Que desecó la muerte.

Agosto 15 de 1840.



## YANDUBAYU Y LIROPEYA

( AÑO DE 1571 )



Siguiendo va por un bosque  
Del Paraná renombrado  
A Yandubayu, cacique,  
El sanguinario Carvallo.

Vuela el indigena, y solo  
Se para así que lejano  
De Juan Garay y su tropa \*  
Ve al atrevido cristiano:

Entonces, cual tigre fiero  
Que sobre el toro inmediato  
Revuelve y la aguda zarpa  
Clava en el cuello gallardo,

El, esquivando la espalda  
De furibundo lanzaso,  
Ha, con los brazos fludosos,  
A su enemigo aferrado.

Tremenda lucha se traba,  
Que son guerreros bizarros,  
Y á su contrario dar muerte  
Los dos al cielo juraron,

Mil veces el indio fiero  
Creé ya vencido á Carvallo ;  
Pero mil veces sin fruto  
Le anuda al cuello los brazos.

Rendido, en fin, al esfuerzo  
De aquel luchar tan extraño,  
Victima ya del cacique  
Era el soberbio cristiano :

Cuando, del ruido avisada  
Que hacen las voces de entrambos,  
A despartir la pelea  
Vino, con rápido paso,

La muy gentil Liropeya,  
India de rostro lozano ;

Del Paraná rica perla  
Que guarda el bosque callado.

Por ella en castos amores  
Se está el cacique abrazando,  
Y por haberla, ofreciera  
A grave empresa dar cabo ;

Cinco terribles guerreros  
Tiene á la lucha emplazados,  
Pues ofendieron sus deudos  
Y él ha jurado vengarlos.

« ¿ Así te olvidas, cacique,  
De tus promesas ? ingrato !  
¿ Así en combates, sin premio  
Digno de tu heróico brazo,

La vida espones que solo  
Has de arriesgar en el campo,  
Donde, triunfante, de esposa  
Debo ofrecerte la mano ?

Ay ! deja, deja te ruego  
A ese enemigo soldado,  
Y guarda, guarda tu esfuerzo  
Para combate mas alto. »

Dijo la india, y al punto  
Soltó el cacique á Carvalho ;  
De paz la diestra tendióle  
Sin rastro alguno de enfado.

De Liropeya así cumple  
Yandubayú los mandatos ;  
Luego tranquilos y juntos  
Se van los dos retirando.

Fresca y hermosa es la india,  
Bien lo notó el Castellano,  
Que por falaces deseos  
Y torpe zaña llevado,

Hunde la espada traidora  
En el cacique preclaro,  
Que cae sangriento y sin vida  
De Liropeya en los brazos.

Como la tórtola blanda  
Viendo á su amante llagado,  
Por el mortífero plomo  
Que le echó al suelo del árbol,

Con nunca oídas querellas  
Asorda bosques y llanos  
Aun á piedad las entrañas  
Del cazador exitando ;

Así con voces sentidas,  
Vertiendo fúnebre llanto  
Sobre el cadáver que estrecha  
Contra su seno torneado,

La hermosa indígena increpa  
Al matador inhumano,

Y á su maldito destino,  
Que á tal desgracia la trajo.

De allí llevarla procura  
Con tiernos ruegos Carvallo :  
Pero ella airada resiste  
Sus seductores halagos.

En fin, volviendo los ojos  
Al desleal castellano,  
« Seguirte quiero, le dice,  
« Si con tus ágiles brazos

« Abres la fosa que encierre  
« Este cadáver helado,  
« Para que pasto no sea  
« De los voraces caranchos. »

Lleno de impróvido gozo  
Suelta la espada el villano,  
Y empieza á abrir el sepulcro  
Del que mató descuidado :

En él le arroja, y le cubre  
Despues con tierra y guijarros,  
Y adonde está Liropeya  
Vuelve contento sus pasos.

Ella del suelo lijera  
El fuerte acero ha tomado,  
Y al español inclemente  
Fiera mirada lanzando,

« Abre otra fosa, le dice,  
« Oh maldecido cristiano, »  
Y con la espada sangrienta  
Se pasa el seno angustiado.

Agosto 24 de 1840.



## **POBLACION DE MONTEVIDEO**

(FEBRERO DE 1724.)



Brillaba el sol en oriente  
Hiriendo el manto de nacar  
Con que al nacer de sus rayos  
Guarda el aurora la espalda ;

Y de las olas y el suelo  
La densa niebla ahuyentada,  
A descubierto su mole  
Mostraba la alta montaña.

Allí en su base bramando  
Se derrumbaban las aguas  
Por sobre rocas inmortales  
En que soberbia descansa.

Desierta estaba la tierra  
Sin una pobre morada  
Donde hoy ¡ oh patria ! te elevas  
Como paloma lozana,

Que llega al pié de la fuente  
Para bañarse en el agua,  
Y satisfecha, en la orilla  
Posa y extiende las alas.

Todo en el húmido suelo,  
Todo, en silencio callaba:  
Túrbale solo el estruendo  
Que hace la mar en la playa.

Y de gaviotas voraces  
La estrepitosa algazara,  
Cuando descubren la presa  
Que en seco dejan las aguas.

Tal vez repente se muestra,  
Como flotante fantasma,  
Sobre peñón denegrido  
De algun charrúa la talla:

Y luego al punto descendiendo  
De su insegura atalaya

Miedo llevando en el rostro  
Y mas que miedo en el alma.

Pues vé á lo lejos sin duda  
Venir del puerto en demanda,  
Alzando montes de espuma,  
Dos anchas naves cristianas.



II.

Ya la mitad de su curso  
El Dios del Inca tocaba,  
Aun las arenas quemando  
Que humedeció la resaca.

Cuando un gran ruido las aves  
Hizo volar en bandadas,  
Que entre las peñas ocultas  
O entre la yerba posaban;

Y luego al punto se vieron  
Cruzar ligeros la playa,  
En poderosos corceles  
Que ansiosos el freno tascan.

Bien ordenados guerreros  
De cuyas fúlgidas lanzas  
Penden airosos listones  
Con los colores de España.

Sobre un tostado revuelto  
Que en propia espuma se baña,  
De toda aquella cuadrilla  
El noble gefe cabalga.

Y en su mirar atrevido  
Y en su apostura gallarda  
Decir á todos parece  
Don Bruno soy de Zabala:

Recto y leal caballero  
Del orden de Calatrava,  
A quien el Rey diera el mando  
De las provincias del Plata.

Luego que en presta carrera  
La leve arena cruzaran  
Clavó el caudillo en la cuesta  
El pendon régio de España;

Y con mil flámulas bellas,  
Y con mil bélicas salvas  
Le saludaron las naves  
Que ya en el puerto le aguardan

Al viento dieron entonces  
Que mansamente soplaba  
Las no bien rejidas velas  
De sus perezosas barcas :

En ellas nuevos guerreros  
A tierra rápidos bajan,

Y á los ginetes sudosos  
Contra sus pechos abrazan.

Solaz, por breves momentos,  
Dióles Don Bruno Zabala ;  
Y al punto ordena que todos  
Dejen las lanzas y espadas.

Y dén comienzo á la empresa  
Que tiene el Rey ordenada  
Poblando aquellos contornos  
En buen servicio de España.



III.

Del sol los rayos postreros  
Tiñen en rojo las aguas  
Que mil cambiantes despiden  
Cuando la briza las alza.

De las praderas vecinas  
Suaves olores se exhalan  
Que margaritas rastreras  
Del blando cáliz derraman.

Negras columnas de humo  
De entre las peñas se alzan  
Que por el cielo adormido  
El viento al fin desparrama.

Sobre la estensa rivera  
Aqui y allí se levantan  
Humildes chozas cubiertas  
Con blandos mimbres y paja.

De tan endebles cimientos  
Naciste, patria adorada,  
Que ya los vates celebran  
Como á colmena del Plata.

En el albor de la vida  
Fué tu ventura harto escasa.  
Pues te ligaron cadenas  
Y aun no sabias trozarlas.

Luego al mirarte mas bella  
Te echó un imperio la zarpa,  
Pero tus hijos, ya fuertes,  
Te redimieron de esclava :

Y en mil combates terribles  
Sangre fecunda brotára  
Que de tu cuello por siempre  
Borró esa pálida mancha.

Creciste entonces en riquezas  
Y en los saberes, sin trabas ;  
Que del progreso, do quiera,  
La libertad es el alma.

De la virtud por la senda  
Mueve constante la planta,

Que si un momento tan solo  
De ese camino te apartas

Serás al carro sangriento  
De los tiranos atada,  
O de potentes naciones  
Por largos siglos esclava.

Setiembre de 1840.





## A TI



La luz pura  
De tus ojos  
Mis enojos  
Templará;  
De tu acento  
La dulzura  
Mi tristura  
Calmará.

OCROA.

¡ Alma mía ! de ti ausente  
Nada encuentro que me aliente  
En el dolor :  
Que eres tú solo consuelo  
De mi pecho, en este suelo  
Matador.

La armonía regalada  
Que se escucha en la alborada  
    En derredor ;  
El aroma de las flores  
Cuando asoma entre esplendores  
    Lento el sol :  
Las inquietas mariposas  
Que ya besan á las rosas  
    Con amor.

Y la sauras que á la frente  
Circundando tiernamente  
    Dan frescor ;  
Nada, hermosa, vuelve al alma  
La fugaz y dulce calma  
    Que perdió :  
Nada vuelve ; ¡ ay ! á mi vida,  
Tan temprano dolorida,  
    Su vigor.



La vida ! si, que es la vida  
Si nos falta la muger  
A quien dijimos ayer  
Serás tu sola querida ?

Que es la existencia en la tierra  
Si de la frente abrasada  
Nadie, con mano adorada,  
Negras ideas destierra ?

— Flor despreciable, inodora,  
Que estando falta de riego  
Con sus mil rayos de fuego  
El Sol marchita y devora.



¡Virgen pura! si un momento  
Disiparas con tu aliento  
Mi pesar:

Si tu seno tan amado  
Yo sintiera apresurado  
Palpitar:

Si en mil rizos tu cabello  
Resbalando por el cuello  
Sin igual

Se mezclara blandamente  
A las hebras de mi frente  
Mundanal:

¡Angel mio! volveria  
A mi pecho la alegría  
Que pasó,

Y con llanto de mis ojos  
No causára mas enojos  
A tu amor.

Octubre 23 de 1840.



## MAÑANAS DE ESTIO

—♦♦—

De la loma al pié, una fuente  
De hermosura peregrina  
Bajo sauces lagrimosos  
Deja ver su clara linfa.

En sus márgenes de grama  
Reclinada está una niña,  
Sonrosada, blanca y bella  
Cual la aurora que la mira.

De su cuello y su cintura  
Las lazadas desceñidas;  
En el seno contorneado  
Blando abrigo halla la brisa.

Sin gustar de la frescura  
Con que el agua la convida  
Por sobre ella prestamente  
El desnudo pié desliza.

Alza á veces puras gotas  
Que al caer forman mil prismas  
Dando paso á los destellos  
Que el naciente sol envía.

La flotante cabellera  
En los hombros se ensortija,  
Ya los besa, ya se aparta  
De las auras impelida.

En la fuente acaso toca  
Y fugaz el agua riza,  
Cual las alas presurosas  
Del alcion que allí se anida.

En sus manos tiene un ramo  
La rosada y blanca niña,  
De marchitos azahares  
Y cerradas margaritas.

Le contempla — dentro el agua  
Deja el pié, que el frío eriza,

Y risucños pensamientos  
En su bella faz se pintan.

De los ojos renegridos  
Se humedecen las pupilas,  
Y halagüeños, como nunca,  
Con no visto fuego brillan.

¿Qué tendrá, pues, ese ramo  
Que la pone así festiva?  
¿El enlace será, acaso,  
De azahar y margaritas?

Es que ayer, en la alborada,  
Al venir, aun adormida,  
A bañarse en esa fuente,  
Cuyas aguas hoy esquivá,

Halló el ramo atado á un sauce  
Con celestes blancas cintas  
Sujetando, al mismo tiempo,  
Unas décimas sentidas.

Que es á ella á quien han sido  
Esas trovas dirigidas  
Duda alguna no la queda,  
¿Mas por quién fueron escritas?

No lo sabe, aunque sospecha  
Son de alguno cuya vista  
Vió mil veces fija en ella  
En los bailes de las trillas.

Y se cuenta que él la hizo,  
No había mucho, compañía,  
Al volver de unas carreras,  
Hasta el rancho donde habita.

La plateada luna, entonces,  
Derramando luces vivas  
Se mostraba, con la madre  
Del amor, toda encendida.

¡Cuan hermosa está esa estrella!  
Prorrumpió la dulce niña,  
Que entregada á ideas vagas  
Contemplándola venia :

Y él la dijo, luego al punto,  
«Es verdad . . . siempre divina»  
Y clavó sus tiernos ojos  
En los de ella distraida.

El misterio que esas voces  
Y miradas envolvían  
No sé yo si desde luego  
La inocente entendería.

Pero si que desde entonces  
Siempre está imaginativa  
Cuando vé cómo esa estrella  
En el puro Cielo brilla.

Octubre de 1840.

## LA CARCEL Y LOS DETENIDOS



La cárcel no debe acarrear sufrimiento alguno ni privación que no sea indispensable, ni mucho menos influir moralmente.

LARRA.

Allí en la ancha plaza do encumbra su frente,  
Velado entre sombras, el templo inmortal,  
Allí la morada se eleva, al Oriente,  
Del hombre que sigue la senda del mal.

Pavor pone el verla de noche pasando  
Al trémulo rayo de pálida luz;  
Parece en el techo fantasma posando  
Mirar con escarnio de Cristo la cruz.

Arrojan continuo palabras atroces  
Sus lábios malditos con risa febril;  
Y se oyen al punto las lúgubres voces  
Que exhalan los reos sujetos allí.

Con livida mano la copa derrama  
Que tiene en sus bordes escrito «dolor.»  
Y brillan sus ojos con súbita llama  
Y arrojan destellos que arranca el furor.

Sin duda es la imágen del mismo demonio  
Que en esa morada se viene á gozar;  
En tanto que el Pueblo, de Dios patrimonio,  
En danzas y orgías procura solaz.



Ric ¡ oh pueblo! tus placeres  
No perturban esos seres  
Que el delito avasalló :  
Si entre muros y prisiones  
Los sugetas á montones  
Qué te importa su rencor?

Ric, ric, mientras lloran  
Y piedad en vano imploran  
Por el Santo Redentor;  
O tal vez, en ira ardiendo,  
Le blasfeman, maldiciendo  
De la entera creacion.

Tú en el cieno sumergidos  
Allí los tienes abatidos,  
Apurando amarga hiel :  
Y cual fieras los domeñas ;  
Que eres fuerte y te desdénas  
De mostrarles do está el bien.

Tus verdugos les arrojan  
Vil sustento, que no mojan  
Con su llanto, ni una vez ;  
Pues de bronce fueron hechos  
De esos bárbaros los pechos ,  
Solo abiertos al placer.

Tuyas son esas moradas  
Por el arte engalanadas,  
Con fragancia de azahar ,  
Donde ostentas tu riqueza  
Y das culto á la belleza  
Y al deleite mundanal.

De los seres que encadenas  
Las moradas solo llenas  
De miseria eterna están ,  
Donde el único alimento  
Que se ofrece al pensamiento  
Un veneno es infernal.

De tu seno los alejas  
¡ Miserables ! y ahí los dejas  
Sin que busques su salud.

Y querrás en tus locuras  
Que sus almas salgan puras  
Y sedientas de virtud !

¡Ay! de aquel que se levanta  
Indignado á injuria tanta  
Y dá campo á su furor!  
Que no tiembles, inhumano,  
Cuando pones en la mano  
Del verdugo el hacha atroz.

Nécio aquel que á la esperanza  
Dá lugar, — de tu venganza  
¿Quién se libra, pueblo, quien?  
Tú dominas en la tierra,  
Y á los mismos haces guerra  
Que al delito echas tal vez.

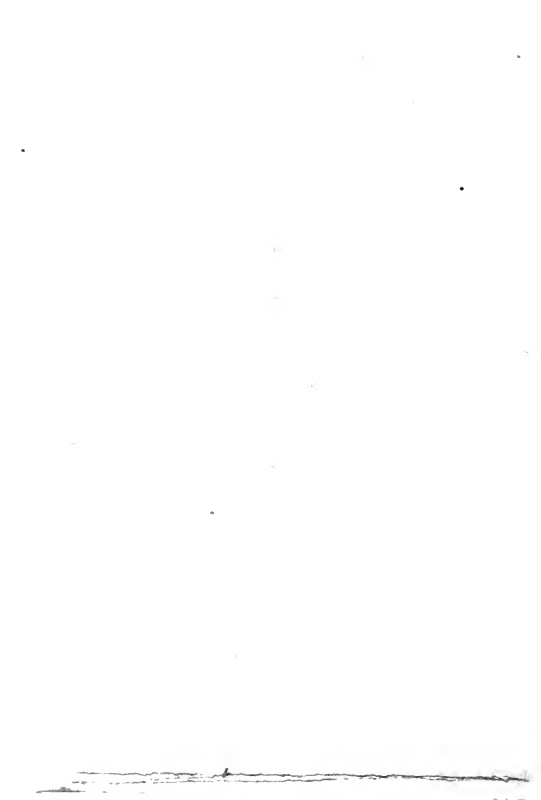
Tú, si sangre han derramado,  
Les demandas indignado  
Cuenta en nombre de la grey;  
Y tú propio la derramas,  
Y gozoso al punto exclamas :  
«Satisfecha está mi ley.»

Rie : oh pueblo encrudecido !  
De placer cada latido  
Que te agita el corazón,  
Llena el alma del culpable  
De esa rabia inexplicable  
Que sofoca á la razón.

Rie, goza : en tus delirios  
No recuerdes los martirios  
Infecundos ¡ ay ! que dás :  
Si un cadalso se levanta,  
Lleva allí tu torpe planta,  
Leda, muestra allí tu faz.

Octubre de 1840.





## MAÑANAS DE ESTIO

—♦♦♦—

Deleite causa en verano  
Pascar la estensa rivera,  
Cuando la aurora en la esfera  
Tiende su manto fugaz.

Y ver las aguas lucientes  
Que dan continuo en las peñas,  
Cual las ideas risueñas  
Del hombre en la eternidad.

Allí en la orilla, las gotas  
Que el dolor trajo á la frente  
Seca el purísimo ambiente  
Que se adormece en redor;

Y el pensamiento, ya libre,  
Trasciende mares y tierra,  
Para abarcar cuanto encierra  
En sí la humana mansion.

Al soplo airado del Cielo  
Mira ceder las naciones,  
Indestructibles lecciones  
Dejando en pos al pasar.

De las ciudades que fueron  
Busca las débiles huellas  
Y encuentra impresas en ellas  
Del torpe vicio los piés;

Y en vez del blando murmullo  
Que hace el mundano contento  
Se escucha solo « Escarmiento »  
Entre las ruinas sonar.

De Europa altiva sorprende  
La desmayada natura,  
Que el arte en vano procura  
Lozana y fértil tornar :

De cada pueblo á las puertas  
Negro fantasma se eleva,

Que con sus lágrimas lleva  
« Miseria » escrito en la faz.

En desnudez el mendigo  
Pasa las noches heladas ,  
De las soberbias moradas  
Bajo el mármolco dintel ;

Y las migajas recoge  
Del destrozado sustento ,  
Que el cortesano opulento  
Le echa tal vez con el pié.

¡ Maldito el suelo en que el hombre  
Así ante el hombre se postra ,  
Y sus desprecios arrostra  
Porque se muere de afán !

¡ Maldito el suelo que solo  
Brinda con tasa de hieles  
A esos desnudos tropeles  
Que acosa el hambre ó la sed !

Llena de ingratas ideas  
Se vuelve entonces la mente  
Al virginal continente  
Que vió Cristóbal Colon ;

Y que al tornar , el encono  
Del mar burlando y el viento ,  
Cuál mugeril ornamento  
Echó á los piés de Isabel.

De Dios la diestra invisible  
Formó su espléndido cielo,  
Y abrióla toda, y el suelo  
De ricos dones sembró.

Bañan sus playas estensas  
El mar atlántico airado,  
Y el que le gozo arrobado  
Llegó Balboa á besar;

Cuando, la espada desnuda,  
Las ondas cerca del pecho,  
De su monarca en provecho  
Tomó marcial posesion.

Montañas tiene soberbias  
De cuyo inmóvil asiento  
Se arrojan rios sin cuento  
Para perderse en el mar:

Y hay en sus llanos verdura  
Que ansiosos paccn los brutos,  
Y abundantísimos frutos  
De regalado sabor.

¡ Feliz mil veces el hombre  
De quien la cóncava cuna  
Alumbra pátida luna  
En tan lozana mansion!

¡ Feliz! verá de la vida  
Los demarcados momentos,

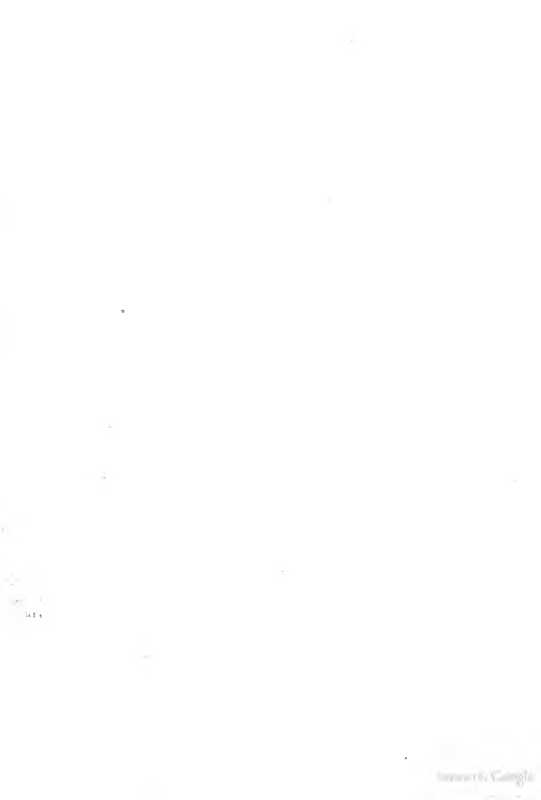
De agudas penas exentos ,  
En libre tierra correr.

Que si algun torpe tirano  
De entre la turba se eleva ,  
Es ese , tiempo de prueba  
Para las almas templar ;

Hasta que llega el instante  
En que con mano de hielo  
Le postra Dios en el suelo  
Y dice airado , « no mas. »

Diciembre de 1840.





## DOLOR

A . . .



Nourrisson-nous de ma tristesse  
Et cachons mon front dans mes mains.

LAMARTINE.

En los primeros años de la vida ,  
Cuando el mundo nos brinda con su amor ,  
La sonrisa del tedio está en mis labios ,  
En mi pecho el veneno del dolor.

La copa donde rápidos placeres  
Dióme un día á beber la sociedad ,  
Está exhausta á mis ojos , que anegados  
Del Cielo en vano imploran la piedad .

Locuras de las horas que pasaron  
Atribulan mi pobre corazon  
Y el negro pensamiento de la muerte  
Detiene el vuelo audaz de la razon.

¡Morir, cuando en redor todo respira,  
Cuando todo sonrie en el solaz,  
Sin que un angel de gracia en la agonía  
Me dé pasando el ósculo de paz!

¡Morir, sin que entre el polvo los tiranos  
Haya visto en el mundo de Colon,  
Demandando al eterno en mis plegarias  
Para los abatidos el perdon!

¡Morir, cuando se agita el orbe entero  
En pos de esa deseada libertad,  
Sin que pueda el camino, arrebatado,  
Mostrar á la obcecada humanidad!

¡Y dejar en el suelo por memoria  
El recuerdo fugaz de un ataud,  
Con los truncos acentos arrancados  
En horas tribuladas al laud!

¡Ay! yo pensé que acaso ablandarian  
Las lágrimas vertidas al Señor,  
Y que el dar á mis lábios sed de canto  
Era signo primero de su amor.

Ensueños de ventura tuve entonces  
Como los de la esposa juvenil

Que el deseado hijuelo en sus entrañas  
Por la primera vez siente latir.

Mas se apagó en naciendo mi esperanza  
Cual en la noche roja exalacion . . .  
Y las hondas ideas de la tumba  
De nuevo han inundado la razon.

Diciembre de 1840.





## **A FLORENCIO VARELA**

**EN LA MUERTE DE SU HERMANO RUFINO**



**Florencio amigo que de tiernos años  
Amar me hiciste la virtud austera  
Y acá en mi mente derramaste ansioso  
Blandas ideas :**

**¿Dó están los días que á tu lado viste  
Crecer en ciencia á tu infeliz hermano  
Y ser del pobre perseguido , inerme,  
Público amparo?**

Ese demonio que persigue al génio  
Hasta exhalar el postrimer suspiro  
Con yerta mano le arrojó á la tumba,  
¡Miseró amigo!

¡Morir lejano de la triste madre  
Pasado el pecho de enemigo acero,  
Sin que uno solo por su vida alzase  
Férvido ruego!

¡Ay del que mira sin horror la sangre!  
¡Ay del que ríe del ajeno llanto  
Y vé sin pena que el sepulcro encierre  
Jóven lozano.

¿No fuimos todos para amar formados?  
¿No somos todos del Eterno hechura?  
¡Maldito el hombre que sus santas leyes  
Bárbaro burla!

Deja, Florencio, que el instable vulgo  
De amor el alma y de piedad desnuda,  
En vez de lloro con amargas hieles  
Riegue esa tumba.

En tanto al Cielo subirán mis preces  
Por el amigo que perdí temprano  
A cuyo lado deslizarse viste  
Tristes mis años;

Y en esas horas en que el hombre cuenta  
Cuantos objetos estimó en la vida,  
Rulino siempre arrancará á mis ojos  
Lágrimas pías.

Enero—1841.



## A LA SEÑORITA DE....

EN SU ALBUM.



Paz de Dios siempre á tu seno  
Y á tus jardines un lirio,  
Y si amas un hombre lleno  
De esperanza y de delirio.

SALAS Y QUIROGA

Cuando en la tierra estrangera  
Donde á morar te dispones  
Con voz fatal la campana  
Anuncie al suelo las doce,

Y las virtudes y el vicio  
En las calladas mansiones  
Gocen del blando descanso  
Que trae consigo la noche,

Suelta tus rubias madejas  
Que por el cuello, sin orden,  
Al resbalar blandamente  
Al seno cándido toquen,

Entre las palmas ebúrneas  
La mística frente repose,  
Y pensamientos de virgen  
Por ella crucen veloces.

Abre este álbum, muger bella.  
Abrele, rápida, entonces,  
Que de misterios y amor  
Llenas palabras esconde.

Y á la luz trémula y roja  
De alguna lámpara inmoble,  
Busca en sus hojas, perdido,  
Como en el mundo, mi nombre.

Búscalo, si; y al hallarte  
Lágrimas tiernas lo mojen  
Que arrancarán á tus ojos  
Recuerdos ¡ay! matadores.

Recuerdos, no del poeta  
Cuya existencia corroe

Algun oculto veneno  
Que Dios en su seno pone ;

Sino de tu pátria bella ,  
Ciudad de las negras torres  
Que con cintura de espumas  
La sien adornan de flores.

De ese su cielo apacible  
De sus festivas canciones ,  
Y de ese monte atalaya  
Que lamen ondas veloces.

¡ Cuántos amargos ensueños ,  
Cuántas ingratas visiones  
Sobre tu frente sus alas  
Plegarán raudas entonces !

Latirá el seno agitado ,  
Se apagarán los colores  
De tus mejillas ; los labios  
No darán paso á las voces.

Y como fuente que llena  
Salva los marcados bordes  
Y arranca al paso la flor  
Que Octubre en los campos pone ,

Por los pesares hinchados  
Tal vez tus ojos arrojen  
Así de llanto , torrentes  
Que borren pronto mi nombre.

Mas no : do quiera que mire  
Nacer la hermosa sus soles ,  
Un ángel vela á su lado  
Para calmar sus dolores ;

Y la esperanza le vuelve,  
Cuando se aduerme en la noche ,  
Besando el nítido seno  
A que piadoso se acoge.

Virgen de rubias madejas ,  
Guarde el Señor tus amores  
Y haga que en tierras estrañas  
Tu vida en dichas rebose.

Febrero de 1841.



## LA MARGARITA



Blanca flor que sin cultivo  
Entre verde yerba creces,  
Y fugaz consuelo ofreces  
Al rendido viajador,

Que al hallarte en su camino  
Toda amarga pena olvida,  
Y pensando en su querida  
Te contempla con pasión :

¡Cuantas veces de la tarde  
En los últimos momentos  
Deliciosos pensamientos  
Me inspiraste, bella flor !

Pensamientos regalados  
Mas que brisas del Estío  
Que del triste pecho mio  
Mitigaban el ardor.

Tú nacistes en el seno  
De una blanca enamorada ,  
Que á su amante, arrebatada ,  
Fué en sus brazos á estrechar.

Y tus hojas se tiñeron ,  
Roja flor , en el instante  
Que con lábio palpitante  
Daba un ósculo á su faz.

Desde entonces oscura viertes  
En el prado aroma leve ,  
Que gozoso el viento bebe  
Al nacer la luz del sol.

Y allí oculta entre la grama  
Eres siempre apetecida ,  
Como símbolo de vida  
Para el mísero amador.

¡Feliz tú, si alguna hermosa  
Al cruzar el verde llano

Te coloca con su mano  
Sobre el tierno corazon !

O te enlaza en el cabello  
Que en cien rizos, perfumado,  
Por el cuello nacarado  
Se derrama con primor.

Yo miré entre los ensueños  
De mi inquieta fantasía  
Que una virgen te ponía  
En sus lábios de coral :

Y con ojos de amor llenos,  
Y palabras de dulzura  
Me adormía en su halda pura  
Para nunca despertar

Mayo de 1841.







## CANTO DE LA PROSTITUTA



Jazmines albos y purpúreas rosas  
Adornen hoy mi peregrina sien;  
Baje el cabello destrenzado al seno  
Que, mal velado, palpitando esté.

Inquietas brillen las pupilas negras  
Como agitadas por intenso ardor,  
Y en torno al lecho, do la frente pose,  
Incensos ardan de embriagante olor.

Venid, doncellas de rubor teñidas,  
Esposas fieles, que bendijo Dios,  
Venid—testigos de su dicha quiere  
La vil ramera que os inspira horror.

Venid—Arturo, el de los lábios rojos,  
De las palabras con sabor de miel,  
El prometido de la hermosa Elvira  
Que mil de veces la juró ser fiel.

Hoy en mis brazos buscará el delirio  
Que no consigue vuestro amor causar,  
Que no se encuentra en vuestros besos tibios,  
Ni en vuestro rostro se pintó jamás.

Tambien Eduardo, de Lucía esposo,  
En mis halagos buscará el placer,  
Y reclinado en mis desnudos hombros,  
Verá las horas, sin afán, correr.

¡Con cuanto gozo beberé su aliento  
Para templar esta insaciable sed  
Que los desprecios de la amante esposa  
En mi alma hicieron, por su mal, nacer!

Ella, la vana! que al pasar volvía  
Para no verme la encendida faz,  
Cual si temiera que mi vista ardiente  
Le arrebata su envidiable paz:

Y recojia los flotantes pliegues  
De su vestido, como el cielo azul,

Por que la brisa, revolando inquieta,  
No le rozara con mi leve tul.

Pensaba, acaso, que su dicha eterna,  
Sería siempre como el mismo Sol,  
¡Y un solo instante se abrigó en su seno,  
Como el perfume en la cortada flor!

Tal vez, en tanto que su ingrato esposo  
Raudales de oro verterá á mis pies,  
Y con guirnaldas ceñirá mi frente  
Para besarla con ardor despues,

Sola, anegada en perdurable llanto  
Ella los ojos tornará al Señor,  
Sustento pobre demandando, en vano,  
Para los frutos de su triste amor.

Venid, doncellas de rubor teñidas,  
Esposas fieles, que bendijo Dios,  
Venid—testigos de su dicha quiere  
La vil ramera que os inspira horror.





## À D. ANDRÉS LAMAS



Je ne demande plus à ta muse que j'aime  
Qu'un seul chant pour ma mort, solennel et suprême;  
Plutôt que je n'ai dû je reviens dans la lice  
Mais tu le veux, ami! ta muse est ma complice.  
J'unis donc à tes chants quelques chants téméraires.  
Prends ton luth immortel, nous combattrons en frères  
Pour les mêmes autels et les mêmes foyers.

VICTOR HUGO.

De hastío et alma y de pesares llena  
Busqué en el ocio la deseada paz,  
Y del laud que acompañó mi pena  
Rompí las cuerdas y dejé el cantar.

¿Qué sirve, dije, que contino implore  
Consuelo breve para tanto mal,  
Y de ese mundo descarriado llore  
El perdurable roedor afan,

Si he de hallar solo corazones frios  
Que no latieron de dolor jamás,  
Si han de perderse los cantares míos  
Como las brisas en revuelto mar?

Yo quiero lejos del humano ruido  
Muda plegaria dirigir á Dios,  
Antes que pongan una cruz de olvido  
Sobre mi cuerpo sin vital calor.



Como hoguera mal cubierta  
Que una roja chispa enciende  
Y de sí llama desprende  
Con mas vivo resplandor,

En mi pecho el puro fuego  
Que el pesar ahogado habia,  
Encendió tu fantasía  
Aun mas férvida que el sol.

Y senti á tu noble acento  
En mis ojos seco el llanto,  
En los labios sed de canto  
En el alma intenso ardor.

Si, cantemos : de la lira  
Salgan sonos elocuentes  
Que conmuevan á las gentes  
Y sean gratos al Señor.

Descendamos á la arena  
Con la frente sin mancilla  
Doblegando la rodilla  
De virtud ante el altar;

Y halaguemos con cantares  
De suavísima armonía  
Al que yazga en agonía,  
Al que sufra acerbo mal.

Arrastrando una cadena  
De insufrible pesadumbre,  
El esclavo vé la lumbre  
Y maldice su nacer,

Porque el sol de cielo extraño  
Al que agovia torpe yugo  
Sirve solo de verdugo  
Que le dice — « hoy lo que ayer. »

Sobre blanco mármol frio  
El mendigo vé la aurora  
Y sustento en vano implora  
Por el Santo de Israel;

Y á la párvula inocente  
Que de sí la madre arroja,

El rocío acaso moja  
De algun templo en el dintel.

Tiene América rasgados  
Por las lides fraternales  
Los ropages virginales  
Con que el cielo la vistió;

Y su seno mal velado  
A ese viejo mundo incita,  
Que una vírgen necesita  
Para alivio á su pasión.

¿Por qué, pues, bajan al llano  
Esas huestes iracundas  
Y en contiendas infecundas  
Sangre dán, y hacen correr?

—Por que quieren sus caudillos  
Con el hierro de la lanza  
Do virtud tan solo alcanza  
Alcanzar ellos también!

¿Y porqué labran tiranos  
En su bárbara locura  
El agena desventura  
Y su propia perdición?

Pues no mas que leves pajas  
Ellos son para el Eterno  
Que arrojar puede al infierno  
Con su soplo estirpador.

¿Y callar podrán los lábios ,  
En la lira no habrá acentos  
Que mitiguen los tormentos  
De la América infeliz ?

Si, que el vate es para el pueblo  
Un fanal que en la tormenta  
El pavor del alma ahuyenta  
Con la luz del porvenir.



Lucha el torrente con terrible zaña  
Contra los diques que á su paso halló,  
Pero ya rotos apacible baña  
Los secos prados, la tostada flor.

Asi tambien cuando elevados vates  
Rompen las vallas de revuelta grey  
Exenta corre de furor ni embates  
Prestando fuerza á la olvidada ley.

Vendrán, amigo, los serenos dias  
Si fé tenemos y confianza en Dios ,  
Si al pueblo abrimos anchurosas vias  
Por donde corra de la dicha en pos.



Al lucir tan bella aurora  
Para el mundo de Colon

Tendrá fin ese tormento  
Que te oprime el corazón.

En la lira no habrá, amigo,  
Cual ahora cruda hiel,  
Pues del vate, largo y dulce  
Será entonces el placer.

Como el beso sin mancilla  
Que en la noche nupcial  
El esposo dá en el seno  
De su amada al despertar.



## MAÑANAS DE ESTIO

FRAGMENTOS.

—47—

### EL OMBÚ.

Venga la blanda guitarra ,  
Venga, bien mío, y cantemos,  
Que ya el Oriente de rojo  
Tiñen del Sol los reflejos.

Venga, que en lomas y llanos  
Rebrama el toro soberbio ,  
Y bajo altivos caballos  
Retumba herido el potrero.

Naturaleza se anima  
Y con sus voces sin cuento  
Alzar mil himnos parece  
De gratitud al Eterno.

Tambien sus alas veloces  
Sacude ya el pensamiento,  
Cuando en redor le circunda  
Tocando al paso en su vuelo.

En el ombú solitario,  
Que es de la loma ornamento,  
Al fin detiénese, en presa,  
A siempre ingratos recuerdos.

Y de sus hojas marchitas,  
Que mecen raudos los vientos,  
Gotas de leve rocío  
Mira caer en el suelo.

Cual se desprenden veloces,  
Del desengaño al aliento,  
Las ilusiones queridas  
Que abriga el hombre en el pecho.

Bajo tu sombra apacible  
Nacieron, árbol, mis sueños,  
Como la niebla fugaces,  
Como.....

Junto á tu tronco el ganchito  
Pasa las tardes de Enero

Viendo cruzar blancas nubes  
Por el azul firmamento.

.....

.....

— 48 —

#### EL SAUCE

Verde Sauce, que en Estio,  
Junto al río  
De purísimo cristal,  
Regalada sombra ofreces  
Si te meces  
De los vientos al pasar.

Hubo un tiempo en que á tu lado,  
Reclinado  
Sobre el musgo desigual,  
Desechaba yo mis penas,  
Como arenas  
De sí arroja el hondo mar.

Y los cantos de las aves  
Siempre suaves,  
Y el aroma de la flor

Derramaban en el alma  
Dulce calma,  
¡Dulce calma que pasó!

.....  
.....



CONCLUYE  
**LA GUIRNALDA POÉTICA**

POR  
A. MAGARIÑOS CERVANTES,  
BARTOLOMÉ MITRE, JUAN C. GOMEZ.

---



## Á LA MUERTE DE ADOLFO BERRO



That live to weep, and sing their fall.

GREY. X.

Yertos están sus lábios generosos  
Sellados por la muerte y la quietud ;  
Mudos están sus écos dolorosos ,  
Mudo tambien su armónico laud.

Mústios están los ojos que abatía  
Al contemplar un libro amarillento ,  
Como se inclina ante la fuente fría  
Para beber el viajador sediento.

Marchita está su frente luminosa  
Sellada por el génio del dolor ,  
Pero aun brilla la chispa misteriosa  
Que estampó con su dedo el Hacedor.

Y en vano bramarán las tempestades  
En álas del furioso vendabal,  
Relucirá de edades en edades  
La llama de su génio celestial.



Llorad, llorad, en torno de la fosa  
Del bardo fiel que su mision llenó,  
Y que las plantas de su patria hermosa  
Con versos aromáticos bañó.

Llore tambien el mísero mendigo,  
Y el desvalido en miserable lecho;  
Cayó sin vida el que con voz de amigo  
Defendiera su pan y su derecho.

Llorad, llorad, poetas orientales,  
Al que cantó las penas del esclavo,  
Al que en la Cruz, con versos inmortales  
Cantó, pendiendo del sangriento clavo;

Que como Job sobre la tierra dura  
Inflamado de espíritu inmortal,  
Su alma brillaba trasparente y pura  
Tendido sobre inundo lodazal.



Pasagero en el valle de la vida  
Clavó su tienda en medio del desierto,  
Y en busca de una linfa apetecida  
Dejó á su espalda el arenal incierto.

Y al percibir en su cabeza ardiente  
Del génio de la muerte helada brisa,  
En su rostro de luz resplandeciente  
Brilló inefable y plácida sonrisa.

Y era por que su mente se adormía  
Sobre la almohada de la eterna fé,  
Y era que el desterrado sonreía  
Al estampar sobre su patria el pié.

Y al apagarse en su fulgor naciente  
La purísima aurora de su edad,  
Brilló sobre su tumba, refulgente,  
La aurora de la inmensa eternidad.

Envuelto por el humo del combate  
Su canto fué de paz y bendicion,  
Y de la lucha entre el feral embate  
Puro permaneció su corazon.

El génio lo ciñó con sus espinas,  
Su herencia, fué su lágrima de hiel,  
Pero de sus creaciones peregrinas,  
Brotan torrentes de armonía y miel.

Descendió como un mártir á la arena  
Atleta de la Paz y la Igualdad :  
Destrozaudo del hombre la cadena  
Dió consuelo á la triste humanidad.

Con el audácia del apostol fuerte  
De la verdad la antorcha reanimó,  
Y al caer en el abismo de la muerte  
Encendida á su borde la dejó.

BARTOLOMÉ MITRE.

(Rimas)



## ADOLFO BERRO



Deja el guerrero escrita su memoria  
En el rastro de sangre de sus huellas ;  
El poeta en sus lágrimas su historia ,  
Los que saben llorar la leen en ellas.

El marca su vivir , en pos de un nombre ,  
Con horas de delirio y de afliccion ;  
Dichoso si las lágrimas del hombre  
Señalan el compas de su cancion.

¡Pobre Adolfo! tu vida fué un gemido ,  
Un gemido tan hondo y tan veloz!  
Si tan pronto en los tiempos se ha perdido ,  
Quedó en las almas eco de tu voz.

Porque es un eco inmenso el sentimiento  
Estrechamente á la existencia unido ,  
Y al sonar en los aires tu lamento ,  
Los hombres que lo oyeron han sentido :

Y llorarán, é inundará su llanto  
La losa de la tumba en que reposas,  
Y otro poeta elevará su canto,  
Y el bueno sus plegarias fervorosas.



Pobres nosotros! perdimos  
Una esperanza tan bella,  
Quedándonos en vez de ella  
Solo un recuerdo... no mas.

Perdimos en un momento,  
Con el porvenir de un hombre,  
La parte inmensa de nombre  
Que debimos heredar.

¿Quién llorará nuestros males-  
Llenándonos de consuelo,  
Marcándonos en el suelo.  
La senda de la virtud,

Con ese acento tan suave  
Que nuestra alma suspendía,  
Con esa triste armonía  
De su enlutado laud?

¿Quién á la infeliz ramera,  
A la huérfana, al mendigo,  
Dirá palabras de amigo,  
Dará esperanzas, como él?

¿Quién á los hombres, valiente  
Dará el sarcástico—*bravo!*  
Al ver llorar al esclavo  
Reclinado en un dintel!

Ellos vendrán á tu tumba,  
Vendrán, de tristeza llenos;  
El séquito de los buenos  
Será tu elojio mayor.

Feliz quién ha conseguido  
El llanto del desgraciado;  
Aquel que nunca ha llorado,  
No comprende su valor.



Ellos vendrán y contarán tu historia  
Al que lleve su paso por allí,  
Y rendirá homenaje á tu memoria  
Al oír *fué poeta é infeliz.*

Jóven, cuál tú, me perderé, sin duda,  
Que abrigo un gérmen de fatal dolor,  
Pues siento dentro una tormenta muda  
Despedazar mi pobre corazon.

Mas al recuerdo de la suerte mia  
Nadie en el mundo verterá su llanto;  
Sobre la losa de mi tumba fria  
Ningun poeta entonará su canto.

JUAN GÁRLOS GOMEZ.



## LOS HIJOS DEL GÉNI0.

( E S T R A C T O )



.....  
.....  
Si. . . desde el instante  
Que se alza triunfante  
El génio, ya impío  
Demonio sombrío  
Le oprime en sus brazos,  
Y el alma á pedazos  
Con su ardiente garra  
Tenaz le desgarrá!

Altivos tiranos  
Se ligan las manos,  
Y en su aurora apenas  
Sufre ya cadenas;  
O á playa remota  
Su estrella le bota  
Y en llanto y pesares  
Traspasa los mares.

Y en suelo estrangero  
Se vé cual Homero  
Sin otro tesoro  
Que su harpa de oro,  
Vagando sin tino  
Mendigo divino,  
Cantar su inspirada  
Sublime *Iliada*.

O mísero y ciego  
Cual Milton, su ruego  
Al Creador levanta,  
Y con firme planta  
En su *Eden perdido*  
Penetra atrevido,  
Y en la luz se ~~anea~~ **anea**  
Que el ~~hado~~ **hado** le niega.

O en duro presidio  
Se vé cual Ovidio  
Que en region salvaje  
Y entre el oleaje  
Del Ponto, sus ojos  
Vuelve de ira rojos  
Al hogar ~~amado~~ **amado**,  
Tal vez profanado!

O herido y proscrito  
Por tigre maldito,  
Del triunfo en la aurora  
Sucumbe á deshora

Cual Rivera Indarte....  
¡Sin ver su estandarte,  
En la tumba, ufano,  
Flamear del tirano!

O cual Berro acaso,  
De un vuelo el Parnaso  
Vencedor escala;  
Mas ¡ay! que resbala  
Su pié, y en fragmentos  
Se llevan los vientos  
La mística lira,  
Que viuda suspira.

Como él oprimido  
Por mal escondido,  
*«Adios, patria mia!*  
Balcace decia,  
De mejores aires  
Navegando en pos :  
*«Adios, Buenos Aires!»*  
*«Amigos, adios!»*  
.....

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

(Horas de Melancolía.)

---



# DISCURSO

DIRIJIDO POR EL DOCTOR ANTONIO R. DE VARGAS

Á LOS ALUMNOS

DE LA CLASE DE ECONOMÍA POLÍTICA.



Lamentamos la pérdida de un joven en quien la República podía fundar sus mas bellas esperanzas. D. ADOLFO BERRO ha sido arrebatado de entre nosotros y su muerte no puede sernos indiferente. Perdimos uno de los mas bellos ornamentos, un literato lleno de modestia. Siempre el primero en inscribirse cuando se anunciaba alguna enseñanza extraordinaria en este colejo, vosotros le visteis de compañero en vuestra reunion al inaugurarse el acto de apertura de la clase á que asistis. La muerte que ansiaba esta presa no le permitió desde entonces continuar. El colejo no puede ser espectador insensible de esta desgracia.

Por su acuerdo, unas honras fúnebres celebrarán su memoria el jueves 7 del corriente á las

nueve de la mañana en la iglesia del Hospital de Caridad. Una comision de vuestro seno lo noticiará á sus inmediatos dcudos, y hará los honores del duelo. El os presidirá desde el féretro donde se figura depositado su cadáver, exitándoos á concurrir al templo de la sabiduria. Unid conmigo vuestros ruegos. Yo elevaré la Hostia al Señor por el descanso eterno de su alma.

( Número 854 de EL NACIONAL. )



## NOTAS.



## NOTAS DEL AUTOR.

---

### **El Azahar.**

Página 71.

Esta fué mi primera composicion. En uno de los momentos en que nuestra alma nada encuentra en el mundo que la satisfaga, la conmueva, me puse á borrajear mil ideas incoherentes : el pensamiento se detuvo, por fin en un objeto, y ese objeto era un ramo de azahares — Primera inspiracion y primeros versos enhilados en una forma regular.

### **El Esclavo.**

Página 73.

Dicese comunmente que, en todo, lo difícil es empezar, y yo creo que se encierra una verdad eterna en ese proloquio vulgar. — Una vez hechos los versos al Azahar escribi los del *Esclavo*, asunto que me pareció moral en grado eminente, y en el cual estaba seguro de encontrar mayor número de inspiraciones que en el anterior. — Mi odio á la tiranía brutal ejercida con los negros, puedo decir que nació con mi razon : jamás he variado de modo de pensar á este respecto. La idea de la *completa emancipacion de los negros*, ha sido horas enteras el objeto que ha absorbido las facultades de mi alma.

### **La Expósita.**

Página 85.

Esta composicion tiene muchos apasionados : no lo extraño. — Veo que hay en ella mas sentimiento que en ninguna otra. — Las lágrimas se asomaban á mis ojos al componerla.

### **La virgen bañándose.**

Página 111.

Le he llevado á Florencio los versos que he escrito bajo el epigrafe *la Virgen bañándose*, y he tenido el placer de que él, Gutierrez y Cándido los han encontrado buenos. — Mucho tiempo hacia que tenia empezada esta composicion : ayer de mañana me propuse concluirla y lo conseguí sin gran esfuerzo.

### **Yandubayú y Liropeya.**

Página 175.

Carvallo era uno de los soldados que con Juan de Garay salieron de Santa Fé en socorro del adelantado Zárate que se hallaba en Martín García.

### **Mañanas de Estío.**

Página 147.

La última estrofa de la página indicada es una imitacion de los versos franceses siguientes, puestos al pie de la página en la 1ª edicion :

Qu'est devenu ce lems où le marin Gènois (1)  
Jettait à son retour quelque Espagne nouvelle,  
Comme un joyau de femme, aux genoux d'Isabelle?

(1) *Cristobal Colon.*

## NOTAS DEL EDITOR EN LA PRIMERA EDICIÓN.

---

Berro, en todo metódico, coleccionaba sus composiciones poéticas en un cuaderno especial, en cuya primera hoja se encuentran las líneas que, como prólogo suyo, hemos insertado en este libro; y al pie de algunas escribía ligeras anotaciones para servir á su memoria ó estudio particular. De estas hemos tomado las que publicamos como notas del autor.



El honor que le resulta á nuestra patria, á Berro, y á los que, en su memoria, han honrado á la virtud modesta y al talento dedicado á la mejora social, nos hacen recordar aquí algunos de esos homenajes tan ricos de esperanza y de consuelo.

El duelo jeneral que produjo la pérdida del poeta ciudadano, del joven virtuoso y aplicado, tuvo eco en las lirras de los vates de ambas orillas del Plata, residentes en Montevideo. — La primera que se escuchó fué una voz hasta entonces desconocida; el joven oriental Don Juan Carlos Gomez publicó unas sentidas estancias, que nos revelaron un nuevo poeta, en el mismo momento en que se depositaban en el sepulcro los restos mortales de Berro;

signieron á esta composicion las de la señorita Da. Juana P. Mausó, la del mas antiguo y justamente afamado de los poetas orientales D. Francisco Acuña de Figueroa, y las de los señores Dominguez, Rivera Indarte, Cantilo, Már-mol, de Maria, Talavera, Velásco, Lelron, Arra-ceta y otros cuyos nombres sentimos no re-cordar en este momen-to. Tenemos en nuestro poder las de nuestros amigos D. Melchor Pacheco y Obes y D. Bartolomé Mitre que reserva-mos para el acto de la traslacion, por no haberlas recibi-do en oportunidad de darse á la prensa con las anteriores.

El colegio de Humanidades, que regentea en esta capi-tal el ilustrado Dr. Vargas, acordó unos funerales por el eterno descanso de Berro, que se verificaron en la capilla de la Caridad.

El distinguido poeta argentino D. Luis Dominguez, que acabamos de nombrar, proyectó hacer una edicion de las obras del poeta oriental, lo que no verificó por que ha-biamos emprendido la presente; y el jóven D. Antonio So-mollera se consagró á llenar el vacío que nos dejaba la falta de un retrato de Berro; y á lo que él hizo, ayudado de sus solos recuerdos debemos el haberlo cubierto en al-guna parte.

Apenas instalada la comision encargada del sepulcro de Berro, le ofertó generosamente sus servicios el hábil ar-quitecto D. Carlos Zucchy y mucho deberá esta obra á su importante cooperacion al esmero que pone en ejecutarla el artista oriental D. Salvador Ximenez.

## EL EDITOR DE LA SEGUNDA EDICION.

---

Al emprender la publicacion de esta segunda edicion de las afamadas y populares poesias de Adolfo Berro, hemos tenido por objeto llenar una necesidad reconocida hace tiempo ya, desde que la primera está completamente agotada y solo se encuentra en alguna que otra biblioteca particular.

Adolfo Berro, una de las glorias del parnaso Oriental, es uno de los poetas mas populares de la República, luego sus obras deben estar en manos de todos; pero la nueva generacion se vé actualmente privada de procurarselas por falta de encontrar un solo ejemplar á ningun precio.

En vista de esta circunstancia, y animado á ello por personas respetables, concebimos el proyecto de reimprimir las obras de Adolfo Berro, y una vez adoptada la idea emprendimos ese trabajo sin ahorrar gasto alguno, como lo demuestra el tomo que entregamos al público queriendo hacerlo digno del nombre que lleva al frente.

Hemos tenido por norma la reproduccion íntegra de la 1ª. edicion, sin alterarla en nada, sino en alguna que otra correccion tipografica; así es que encabezamos nuestra 2ª. edicion con la *Introduccion* justamente célebre de D. Andres Lamas, y la *Acta de la Juventud Oriental* que

contiene aquella 1ª. edicion. La sola modificacion que hemos creído justo hacer, como tributo de homenaje á la memoria del jóven poeta, consiste en la reproduccion de un importante artículo firmado *Un Oriental* que hallamos en el *Nacional* de 1841, y de varias poesias de los diferentes poetas Argentinos y Orientales que cantaron la tan sentida muerte del jóven vate; esas poesias las reunimos en una *Guirnalda poetica* que encabeza y termina las obras de Adolfo Berro, rodeandolas así como en una aurcola de gloria.

Hemos querido hacer de esta publicacion una obra de lujo á la vez que popular, así es que apesar de los gastos que nos originó esta empresa, fijamos su precio á *un peso* moneda nacional, con el objeto de ponerla al alcance de todos.

Teniendo la intencion de publicar una serie de las principales obras de escritores del pais, en las mismas condiciones de impresion y precio, para hacer contribuir este establecimiento de imprenta á la mayor propagacion de las obras nacionales, hemos tomado para esta coleccion el titulo de *Biblioteca Nacional*, formando las poesias de Adolfo Berro el tomo 1º. y proponiendonos seguir, antes de poco, con otra publicacion no menos importante, si hallamos en el público la acogida que constantemente nos esforzaremos en merecer.



# INDICE

---

|                                        | Páginas. |
|----------------------------------------|----------|
| INTRODUCCION, por D. Andres Lamas..... | 7        |
| ACTA DE LA JUVENTUD ORIENTAL.....      | 39       |
| ADOLFO BERRO, por un Oriental.....     | 43       |

## GUIRNALDA POÉTICA.

|                                                                                                                            |    |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| UNA LÁGRIMA SOBRE LA TUMBA DE BERRO, por José<br>María Cantilo.....                                                        | 49 |
| Á LA MUERTE DEL POETA ADOLFO BERRO, por J.<br>Rivera Indarte.....                                                          | 55 |
| ADOLFO BERRO, por José Mármol....                                                                                          | 57 |
| Á LA MEMORIA DE LA EXELENTE NIÑA MERCEDES AN-<br>TUÑA Y DEL JÓVEN POETA ADOLFO BERRO, por<br>Francisco A. de Figueroa..... | 63 |

# POESÍAS DE ADOLFO BERRO.

Páginas.

|                                                                      |     |
|----------------------------------------------------------------------|-----|
| PRÓLOGO DEL AUTOR.....                                               | 69  |
| EL AZAHAR.....                                                       | 71  |
| EL ESCLAVO.....                                                      | 73  |
| Á D. ESTEBAN ECHEVERRÍA.....                                         | 79  |
| LA EXPÓSITA.....                                                     | 83  |
| Á LA MUERTE.....                                                     | 87  |
| EL MENDIGO.....                                                      | 91  |
| ECOS DE LA VOZ DEL SEÑOR.....                                        | 97  |
| EL RUEGO DE UNA MADRE.....                                           | 101 |
| EL JAZMÍN.....                                                       | 105 |
| EL MORIBUNDO, <i>cancion</i> .....                                   | 109 |
| LA VIRGEN BASÁNDOSE.....                                             | 111 |
| Á MI LIRA.....                                                       | 115 |
| LA RAMERA.....                                                       | 119 |
| Á UNA ESTRELLA.....                                                  | 125 |
| Á UNA MADRE ADDORMECIENDO Á SU HIJO.....                             | 129 |
| RECUERDO, <i>escrito en el album de</i> .....                        | 133 |
| ESPERA Á ORILLAS DEL MAR.....                                        | 137 |
| UNA MUJER EN LA TUMBA, <i>al Sr. D. Melchor Pacheco y Obes</i> ..... | 141 |
| YANDUBAYÚ Y LIROPEYA ( <i>año de 1571</i> ).....                     | 145 |
| POBLACION DE MONTEVIDEO ( <i>febrero de 1724</i> ).....              | 151 |
| Á TI.....                                                            | 159 |
| MAÑANAS DE ESTIO.....                                                | 163 |
| LA CÁRCEL Y LOS DETENIDOS.....                                       | 167 |
| MAÑANAS DE ESTIO.....                                                | 173 |
| DOLOR, <i>á</i> .....                                                | 179 |
| Á FLORENCIO VARELA, <i>en la muerte de su hermano Rufino</i> .....   | 183 |
| A LA SEÑORITA DE, <i>en su album</i> .....                           | 187 |

|                                      | Páginas.   |
|--------------------------------------|------------|
| <u>LA MARGARITA.....</u>             | <u>191</u> |
| <u>CANTO DE LA PROSTITUTA.....</u>   | <u>195</u> |
| <u>Á D. ANDRÉS LAMAS.....</u>        | <u>199</u> |
| <u>MASANAS DE ESTIO—fragmentos :</u> |            |
| <u>El Ombú.....</u>                  | <u>205</u> |
| <u>El Sauce.....</u>                 | <u>207</u> |

## CONCLUYE LA GUARNALDA POÉTICA.

|                                                           |            |
|-----------------------------------------------------------|------------|
| A LA MUERTE DE ADOLFO BERRO, por Bartolomé                |            |
| Mitre.....                                                | 211        |
| <u>ADOLFO BERRO, por Juan Carlos Gomez.....</u>           | <u>215</u> |
| <u>LOS HUOS DEL GÉMO, por A. Magariños Cervantes. 219</u> | <u>219</u> |
| <u>DISCURSO, por Antonio R. de Vargas.....</u>            | <u>223</u> |
| NOTAS.....                                                | 227        |



## OBRA PUBLICADAS EN ESTA IMPRENTA

---

### BRISAS DEL PLATA

POESIAS

POR ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES



Las dos primeras entregas salieron á luz,  
la obra completa constará de cuatro entregas de 128 pág. en cuarto.  
Cada una \$n. 1.00.



OBRA DEL DOCTOR PEREZ GOMAR

### CONFERENCIAS SOBRE EL DERECHO NATURAL

COMO INTRODUCCION

AL CURSO DE DERECHO DE GENTES

Un tomo de 192 pág., \$n. 1.00.



IDEA DE LA PERFECCION HUMANA

TRATADO DE LAS ASPIRACIONES INDIVIDUALES SOCIALES Y POLÍTICAS

Un tomo de 356 páginas, \$n. 0.80.



### MEMORIA HISTÓRICA

DEL HOSPITAL DE CARIDAD DE MONTEVIDEO

POR ISIDORO DE MARIA.

Un folleto de 32 páginas en cuarto, \$n. 0.50.



— 238 —

NOCIONES NECESARIAS AL CULTIVADOR

SEGUNDA PARTE

**DEL CATECISMO DE AGRICULTURA**

POR A. T. CARAVIA.

Un tomo de 192 páginas.

— 43 —

**RUDIMENTOS DE ARITMETICA**

**PARA LAS ESCUELAS PRIMARIAS**

POR J. ROLDÓS Y FOXS.

— 43 —

**CALENDARIO DE ESCRITORIO**

EN UNA PLANA

**CON LAS TABLAS DE REDUCCION DE LAS MONEDAS**

Precio : 6 centésimos.

— 43 —

**ALMANAQUES PARA EL AÑO 1864**

EL GRAN ALMANAQUE DEL SIGLO

**ID. DEL SISTEMA DECIMAL — ID. PARA EL PUEBLO**

— 43 —

**LA VIDA DE JESUS**

POR ERNESTO RENAN

Traducida del francés — Un tomo de 416, \$n. 1.00.

— 44 —

**TABLAS DE REDUCCION**

COMPLETAS Y OFICIALES

**DE LAS PESAS Y MEDIDAS LEGALES**

á pesas y medidas

**DEL SISTEMA MÉTRICO Y VICE-VERSA**

POR

ARSÈNE ISABELLE

En folleto de 32 páj., \$n. 0.50.

— 239 —

**CUADRO SINÓPTICO**  
**CON LAS MISMAS TABLAS DE REDUCCION**  
Precio : 24 centésimos.

— 43 —

**APUNTES ESTADÍSTICOS Y MERCANTILES**  
**SOBRE LA REPÚBLICA ORIENTAL**

POR ADOLFO VAILLANT  
Con un apéndice publicado posteriormente, Sn. 0.80.

— 43 —

**FEGUNDACION ARTIFICIAL**  
**DE LOS**  
**CEREALES Y ARBOLES FRUTALES**

TRADUCIDO DEL FRANCÉS  
Un folleto de 16 páginas, ½ real.

— 43 —

**COMPENDIO**  
**DEL SISTEMA MÉTRICO DECIMAL**

PARA LAS REPÚBLICAS DEL PLATA  
EXTRACTADO DEL TRATADO DE ARITMÉTICA DECIMAL.  
POR RAFAEL ESCRICHE.

Un folleto de 32 páginas, Sn. 0.10.

— 43 —

**LA MISMA OBRA CON LAS TABLAS DE REDUCCION**  
de las pesas y medidas de la República  
a las nuevas y vice-versa, y la relacion de las medidas estrangeras  
y de los tiempos antiguos.

Un folleto de 61 páginas., Sn. 0.24.

— 43 —

**CALENDARIO MASÓNICO**

PARA 1861  
En tomo de 128 pág., Sn. 0.40.

— 240 —

## POESIAS DE ADOLFO BERRO

CON EL RETRATO DEL AUTOR

ACOMPAÑADAS CON UNA GUIRNALDA POÉTICA

Rica edicion, \$n. 1.00.



COMPENDIO TEÓRICO, PRÁCTICO É ILUSTRADO

## DEL SISTEMA MÉTRICO DECIMAL

CON UN TRATADO COMPLETO DE

ARITMÉTICA PRÁCTICA AL ALCANCE DE TODOS

Texto Nacional Obligatorio

POR F. PEDRO RICALDONI Y D. CÁRLOS DE LA VEGA.

Un tomo de 298 páginas.



## TABLAS SINÓPTICAS

DE LAS PESAS Y MEDIDAS USUALES Y MÉTRICAS

Publicacion Oficial.



## EL IRIS

PERIÓDICO QUINCENAL DE LITERATURA

DIRECTOR, D. AGUSTIN DE VEDIA

Con una prima cada seis meses para los suscritores

Precio de la suscripcion mensual \$n. 1.00



## ESTADISTICA DE ADUANA

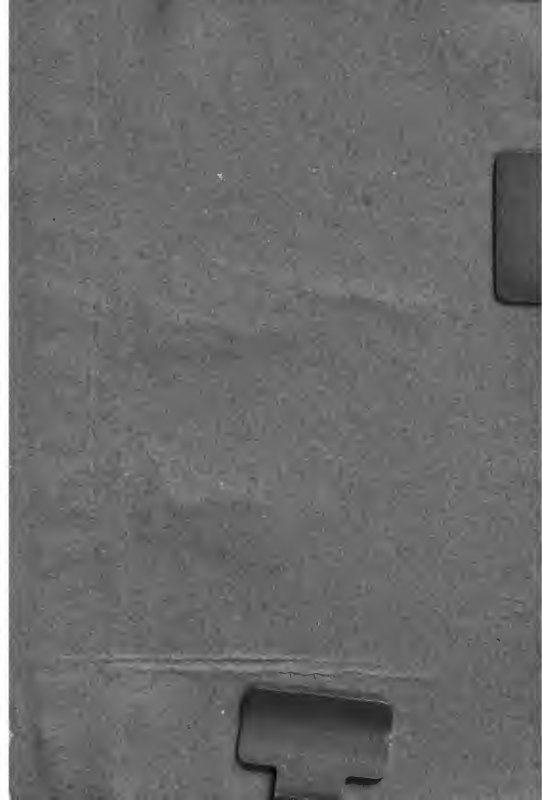
AÑO 1864

Publicacion Oficial.











IMPRESA

TIPOGRÁFICA Á VAPOR

41 - CÁMARAS - 41

1864

MONTEVIDEO